

Año XXXII.

Madrid, Jueves 12 de Septiembre de 1912.

Núm. 37.

## La lámina de hoy

Representa un hecho horrible de los carlistas.

No el de aquel niño que mataron á trabucazos en el Puig porque al darle el alto entre palabras mal sonantes, dejó correr el caballo que montaba...

Ni el de aquel infeliz vecino de San Celoni á quien se entretuvieron en arrancar los ojos antes de fusilarlo...

Ni el de aquellos tres jóvenes, casi tres niños de Taradell, á quienes asesinaron delante de sus familias porque se negaban á seguirlos...

Ni el de aquel guarnicionero asesinado, á la par que á un hijo suyo, en Igualada...

Ni el de aquellos dos niños de unos cuatro años, de Igualada también, que estaban acurrucados en un portal llorando porque su padre había empuñado el fusil dejándolos solos, y á los que estrellaron contra un balcón de la casa de enfrente...

Ni el de aquellas mujeres de los voluntarios asesinadas en la misma población, y aquellos niños de teta pasados á cuchillo en los pechos mismos de sus madres...

Ni el de aquel peón caminero que era conducido por una de las facciones vizardinas dentro de un jergón, parándose de trecho en trecho para abofetearle y pincharle...

Ni el de un desdichado á quien en Figaró agasajaron y le dieron de comer en abundancia, para tener el gusto de gozarse luego en su sorpresa al decirle que iba á ser fusilado, como lo fué...

Ni el de aquel jefe de la estación de Malgrat, quien delante de su esposa y de sus hijos, que de rodillas imploraban por él, fué asesinado, llevando después el escarnio hasta conducir su cadáver á la cárcel y encerrarlo allí...

Ni el de tantos y tantos crímenes como se registraron en las páginas sangrientas de la historia del carlismo...

No, ninguno de estos es.

El hecho que representa la lámina de este número, y que voy á narrar, es más cruel, es más inhumano, porque no es la muerte; es algo peor: es la vergüenza, es la deshonra, es la angustia, es la agonía prolongada...

Y el hecho es este, referido por *El Diario de San Sebastián* en 1.º de Agosto de 1874:

«Tres desgraciadas mujeres, esposas dos de ellas de miqueletes de la provincia de Guipúzcoa, y madre la otra de tres individuos del mismo instituto, sufrieron un

martirio horrendo por las calles de Tolosa.

Habían sido presas por el *único delito* de ser madre y esposas, y se iba á hacer con ellas un escarmiento, paseándolas por la población; la noticia, circulando de boca en boca, atraía un gentío inmenso hacia el sitio de donde había de salir la procesión inquisitorial.

Salió por fin. Unos cuarenta carlistas sin armas, pobre y suciamente uniformados, rompían la marcha, precedidos de una turba de niños. Tras de ellos marchaban las tres infelices, en un estado que daba horror y congoja verlas desnudas desde la cintura para arriba, cortado el cabello y afeitada la cabeza, las habían untado de miel, cubriéndolas por completo de plumas. Tres monstruos parecían, no tres seres humanos.

Montadas en burros, y con una pandereita en la mano, que para mayor escarnio las obligaban á tocar, marchaban entre bayonetas en medio de aquella procesión, recibiendo los insultos de una muchedumbre estúpida y fanatizada, que se agolpaba por las calles á su paso, engrosando después la comitiva.

A su lado marchaba el pregonero encargado de leer de trecho en trecho la condena infamatoria, y detrás el tamboril entonando un aire provocativo é insultante.

Aquella muchedumbre reía al presenciar el espectáculo, y no contentos todavía los más audaces ó los más depravados, dirigían á su paso á las víctimas cranzas sangrientas que aumentaban la mofa y el escarnio.

Así recorrieron las calles principales de la población.

Por fin llegaron á la plaza pública, en donde las víctimas expiatorias creían terminado aquel martirio, mil veces más cruel que la muerte; y aquellas masas enfurecidas, al comprender que se les escapaban con vida y deseosas de alargar su diversión, prorrumpían en bárbaros gritos:

—¡*Paluac oraiñ, paluac!* (¡Apalearlal, apalearlal ahora!)

—¡*Paluac oraiñ ta guero lao tiro!* (¡Apalearlal ahora y después fusilarlas!)

No caben aquí comentarios. Lo único que cabe es ceder al deseo que se siente de coger un fusil, salir á la calle, preguntar á todo el que se encuentre ¿es usted carlista?, descerrarle un tiro si dice que sí, y saborear luego, venga lo que venga, la satisfacción del cazador que mata una fiera.

Y si hay algún liberal que le parezca fuerte lo que digo, que piense en que una mujer de aquellas pudo ser su esposa, pudo ser su hija, pudo ser su madre...

\*\*\*

¿Que este horrendo crimen lo cometieron los salvajes del carlismo, y que no debe culparse á un partido de los excesos de la escoria que se suma á todos en los momentos de lucha ó revuelta?

Miente el que tal diga. Ese crimen es peculiar del carlismo, y debería figurar explícitamente en su programa. Es algo inherente á él, algo esencial, algo indispensable á su vida.

Y lo prueba, el que lo mismo lo comete la canalla, que la aristocracia; el asesino vulgar, que el cauillito aclamado; el vasallo, que el rey.

Y por si alguien pudiere dudarlo, público á continuación los partes que en 13 de Diciembre de 1834 dirigió á la superioridad el comandante general de la Merindad de Tudela, á raíz de la toma de Villafranca por los carlistas, mandados por el Pretendiente en persona:

«Exmo. Sr.: Por la copia que elevo á V. E. se impondrá de lo que he participado al Exmo. Sr. capitán general de Aragón, respecto á los horrores que la facción ha cometido en Villafranca en unión de su plebe inmoral, expresando asimismo cuáles han sido aquéllos... sin poder dejar de hacer presente á V. E. que el Pretendiente ha sido testigo ocular de la ferocidad, y aún se deleitaba cuando las desgraciadas mujeres y hermanas de los urbanos de Villafranca eran paseadas semidesnudas por el pueblo, cuya atroz saña ha horrorizado todo este país...»

Párrafos del oficio que se cita, donde relatan lo ocurrido el alcalde y el vicario de Villafranca:

...«el día 28 á las once de la mañana entro Zumalacárregui con el Pretendiente, 5.500 infantes y 400 caballos, habiendo dejado en Marcilla tres batallones, uno de los cuales entró al día siguiente en Villafranca; informado dicho rebelde del punto por donde debía atacar el fuerte en que estaban refugiados los urbanos y sus familias, derribó la puerta de la iglesia á beneficio de dos pedreros que situó á su frente, y entrando en la misma, abrió una comunicación que daba á la torre, en donde se internaron, y desde ella prendieron fuego al campanario, sitio que ocupaban los encerrados, valiéndose de combustibles para ello, á que unido el fuego de las escalas, que eran de madera, fueron tales las llamas, que los desgraciados se vieron forzados á salir á la cornisa exterior de la torre, á excepción de tres que devoró el fuego, y un hijo de dicho alcalde que cayó con las campanas y el reloj al tiempo de desplomarse, quedando la torre con solo las paredes. Los que salieron á la cornisa por medio de vandas ó cuerdas, se sostuvieron en ella sin cesar de hacer fuego con mucho trabajo, porque siendo angosta tenían que sacar los fusiles fuera de ella para cargarlos; en ella fué muerto un urbano de un balazo. Las mujeres con un religioso y otro particular del pueblo, reclamaron la clemencia de los sitiadores sobre la media noche, como si fuesen capaces de conocerla, pues bien pronto encontraron la barba...

rie en su lugar; los urbanos fueron recibidos por la parte más fácil del tejado y arrestados en una casa inmediata; á poco rato descendieron también tres de los sitiados en la cornisa, y fueron fusilados acto continuo.

Extinguidas las llamas luego que amaneció, aparecieron haciendo fuego como unos héroes, con la única munición de sus cartucheras que habían podido salvar, los 18 urbanos que quedaban; pero habiéndose apoderado los facinerosos por su multitud de los tejados de la iglesia tuvieron que sucumbir por no ser sitio defendible, y en el que apenas podían moverse y los aseguraron en una casa inmediata.

En este estado el sanguinario Zumalacárregui ordenó emplumar y pasear por las calles á 8 mujeres de las que sin herir habían salido del fuerte, y lo hicieron en borricos, azotándolas desnudas de medio cuerpo arriba; así como aquel jefe no respetó ni la compasión que se merecían, en igual forma se comportaron los tigres que acaudilla, y que en excesivo número seguían el espectáculo, produciendo tales escarnios y baldones, que compadecidos algunos de los oficiales, hicieron esfuerzo para que no fuesen mayores; las restantes mujeres en número de más de 20 no participaron de esta desgracia por estar heridas más ó menos, siendo una de ellas la del bravo comandante Jimeno, la cual sufrió otra herida peor, pues antes de rendirse le mataron de un balazo un niño que llevaba en sus brazos.

También han notificado que un soldado de la compañía ó columna volante de esta merindad, perteneciente al primer batallón del 6.º de ligeros, llamado Vicente Avila, que se hallaba enfermo en aquel hospital ha algún tiempo, acudió al fuerte al toque de campana y murió en la cornisa de la torre, cuyo cadáver fué arrojado desde ella por los facciosos; y así mismo han oído que cuando la mujer de Jimeno vió expirar al niño en sus pechos en medio de los sentimientos naturales, pedía el otro que le quedaba para morir á su lado, llorando ante su marido, el cual, esforzándose y sobreponiéndose á su aciaga suerte, la exhortaba y contemplaba para atraerla á la conformidad, y asegurado que su intención al encerrarse era con resolución firme de morir.

Añaden que el mismo Zumalacárregui castigaba con el látigo que llevaba en la mano á las mujeres...

Se han sacado de entre las ruinas tce muertos y abrasados con algunos niños. La iglesia no hace con 2.000 duros los perjuicios de la torre, pues ha quedado hueca hasta el pie...

Los menoscabos y daños causados en Villafranca por la horda de Zumalacárregui, son los siguientes:

La casa del comandante Jimeno fué saqueada, y hasta las puertas y ventanas fueron quemadas, apesar de que la casa no era propiedad suya.

La mujer que se había refugiado al fuerte fué gravemente herida y muerto de un balazo un niño de pecho que tenía en los brazos.

La mujer de Francisco Vicente y Morales fué herida en un brazo, que probablemente lo perderá, y una hermana de ésta, viuda fué herida de muerte, y la madre de estas dos sufrió la pena afrentosa, y las casas de las tres fueron saqueadas enteramente; también fué saqueada la casa del dicho Francisco Vicente, huésped de doña

Tomasa Luviná, la que dependía de una cort hacienda.

Fuó saqueada la casa del urbano Mannel Monasterio, y su mujer, refugiada al fuerte, salió con una grave contusión, y tiene una numerosa familia.

La casa del urbano Alejandro Gelos, viudo, con su hijo y sobrino, también urbanos, fué saqueada, llevándole el carro y cuatro mulas.

La mujer de Manuel Aguirre sufrió la pena afrentosa, y su casa fué saqueada: tiene familia.

Leoncia M., soltera, de veintiséis años, maestra de Andosilla, estando de huésped en casa de Manuel Jimeno, se refugió al fuerte, y sufrió la pena afrentosa como las otras.

La casa del urbano Severino Gelos fué saqueada, y la hija, joven de diez y ocho años que se refugió al fuerte, sufrió la pena afrentosa.

La casa del urbano Leoncio Romero fué saqueada, y su mujer sufrió la pena afrentosa.

La casa de D. José M.ª Martínez de Arizala, sufrió el consumo de vino que hizo la tropa rebelde ante su permanencia en el pueblo, advirtiéndole que fué vino generoso de precio, y á más dos carretadas de lo mejor, sin contar lo que se derramó, que fué bastante, con otros perjuicios que pudo haber.

Todo lo que participo á V. E. etc.ª

Demostrado ya que el emplumamiento de mujeres figura en el credo carlista, pues lo mismo lo aplica el príncipe que simboliza esa partida (no partido), que el general de más prestigio que lo defiende, que el canalla que á la sombra de su bandera roba y asesina, ruego á mis lectores que se fijen bien en el escrito siguiente, donde se trata al vivo la Corte de chusma y el *Bufo sangriento* que deshonra el suelo navarro en 1874.

## La Corte de Estella

Quien va á hablar no es un liberal, ni menos un republicano; es un carlista, y del abolergo mas puro, y de la convicción más firme, y de la consecuencia más probada, que se ha pasado la vida fuera de su patria, y que si ha muerto (que lo ignoro) probablemente estará enterrado en tierra extranjera; y que es además un abogado de renombre, un caballero y un hombre honrado: D. José Indalecio Caso.

Y dijo lo que va á leerse, no cuando D. Carlos estaba ya vencido, sino cuando confiaba todavía en el éxito: en 1874.

Y lo reproduzco, tanto ó más que para que se enteren los liberales, para que se lo aprendan de memoria los que están dispuestos ahora, engañados por curas y frailes, á jugarse la vida por el carlismo, creyéndolo un partido de ideales nobles compatibles con la moral y la justicia.

### Yo lo he visto

«Los campos y los pueblos del país vasco-navarro presentan hoy un repetido panorama de puentes cortados, paredes

ennegrecidas por el incendio, fábricas deruidas, talleres desiertos y tantas otras huellas como suele dejar el monstruo de la guerra.

Cerca de los hospitales, y en las plazas y sitios públicos, relativamente hay pocos inválidos; los proyectiles modernos, que al matar descuartizan, hasta con lesiones al parecer muy leves también matan; la viruela, el tifus y la inclinencia casi acaban con los heridos; los que salvan, suelen ser víctimas de su impaciencia, cuando apenas convalecientes vuelven á tomar las armas; y más de una vez se ha visto cundir el pánico en un hospital, salir medio desnudos y despavoridos los enfermos, y tener que recogerlos aterridos ó muertos en el campo.

En los alegres caseríos de otro tiempo falta la juventud y con ella la vida; las mujeres y los ancianos cultivan tristes y en silencio la tierra, sin que ni el hijo muerto ni el hermano en campaña les libre de fuertes impuestos ó de rudas prestaciones personales. Y entretanto, los infelices jóvenes, sin el preciso alimento y sin descanso, recorren en Noviembre, con la misma blusa que llevaban en Agosto, sierras como las de Urbasa y Andía, ocurriendo que en un sólo movimiento militar cayeron hasta veintidós hombres heridos.

Cierto que quien dijo guerra dijo muerte; pero es que allí se muere por lo regular sin asistencia, cuando no es fuerza recurrir al albeitar, y hay riesgo de perecer arrastrado, sorprendido en el interior de un edificio ardiendo ó confundido por precipitación con los cadáveres... y todavía otra desgracia que pone terror y espanto en el corazón del hombre más enterro!

Don Antonio Alvarez del Manzano, comandante de caballería, habiendo quedado como muerto, pasó una noche del mes de Enero en el cementerio de Villafraña, en completo estado de desnudez, confundido entre cadáveres, hasta que al día siguiente, cuando le cogieron para echarlo a la zanja, dió señales de vida, ¡y está otra vez peleando!

Así como hemos visto la hacienda malversada y la política reducida á un juego grotesco, así la guerra parece allí deliberadamente dirigida á un continuo fracaso. Unos lo llaman ineptitud y otros perfidia; pero la fatalidad es un hecho; y en vano el voluntario hace prodigios de valor, y en vano sufre privaciones sin cuento, porque una larga serie de combates encarnizados, y meses y meses de fortificación ó de sitio, no sirven en definitiva para nada, y el carlista se bate siempre con la idea y el temor de estar vendido.

A pesar de todo, ¡ah, y que mal se conoce desde Madrid el espíritu que mueve aquellas masas! Hay, si, aventureros que hacen allí su carrera, y entre voluntarios que hasta ejercen la caridad con su pobreza, no falta algún desalmado que asesina; mas por lo general, ¿qué busca, y por qué pelea toda aquella gente? ¿Por un sueldo? Preguntad lo que cobran... cuando por casualidad se les paga; pero

ascensos, haberes, gracias, ¿qué vale todo eso donde hay soldados que sirven gustosos á las órdenes de algún oficial que á su vez les ha servido de criado, y personas distinguidas de quienes á duras penas se puede conseguir que dejen el fusil por la espada? Pues entre aquellos infelices hay muchos con quienes el navarro parte su haber y el guipuzcoano su ración.

«¡A dónde llegará su penuria! Verlos bajar de donde acamparon agrupados para resistir á la intemperie, como rebaño envuelto por el torbellino; verlos marchar azotados por el agua y la nieve, casi descalzos, harapientos y mal cubiertos hasta con prendas de mujer; verlos pedir al paso, tiritando y rendidos de fatiga, algo con que reanimar sus fuerzas, y pensar que aquellos mismos son los voluntarios en quienes reconocen los navarros un gran impetu, los alaveses gran serenidad, y todos el espíritu guerrero de los antiguos tercios de Castilla, es cosa que hace saltar las lágrimas de pena y de indignación; de pena, por tanta lástima; de indignación, pensando para qué sirve tanto sacrificio.

«No los llame V. M. cruzados, sino crucificados.» Así, así expresaba el general Mogrovejo la situación de los voluntarios que procedentes de varias provincias van á guerrear al abrigo de las montañas; pero es preciso verlo para comprender hasta qué punto castellanos, vascos y navarros afrontan con serenidad la muerte que parece llevan ya estampada en sus rostros macilentos.

La exaltación hace algunos meses era tal y tan honda en el corazón del pueblo, que una madre bondadosa decía: «entrar á cuchillo, aunque muera mi hijo en el asalto»; y una joven honesta, en un arranque de indignación, exclamó: «Si mueren mis dos hermanos y todos sus compañeros, nosotras *tendremos* hijos que seguirán la guerra»; y es lástima decir *tendremos*, por no reproducir la frase con toda la crudeza espartana de aquella joven, que en lo más risueño de la vida pensaba en ser madre por venganza.

Al leer estos detalles no faltará quien me suponga mal informado; pero se equivoca, porque... *yo lo he visto*; yo presencié, yo oí á la naturaleza misma ese lenguaje, ¡y en medio de cuánta desolación, Dios mío!

Yo vi heridos y enfermos ardiendo en fiebre, azotados por una lluvia glacial; familias que huyendo por las crestas nevadas veían la casa de sus padres arder en el valle, y criaturas que pedían limosna cerca de su hogar destruido, donde el enemigo cazaba á tiros entre las ruinas los animales domésticos.

Yo vi madres que lloraban á la vez por sus bienes puestos en almoneda para pagar contribuciones y por sus hijos arrebatados á viva fuerza para hacerlos pasar por *voluntarios*!

Yo vi las hordas de huérfanos que sa-

len gritando á los caminos y los inválidos que imploran la caridad donde ayer trabajaban, y el hambre y la miseria donde ayer florecía la abundancia, y... (formé empeño en averiguarlo) hablé con labradores y hombres de letras, con soldados y generales, y muchas veces con el mismo D. Carlos, y nadie, nadie supo decirme para qué es la guerra.

A los vascos se les habló de sus fueros, precisamente cuando España casi volvía al régimen foral; á los catalanes se les ofreció restablecer otros fueros que el pueblo ya no conoce; á los valencianos se les habló de D. Jaime; á los astures de D. Pelayo, y para todos hubo proclamas y manifiestos conformes en el motivo, pero tan discordes en el objeto, que no dan ni la seguridad ni la esperanza de una sola reforma positiva. ¡Revolución! ¡E-cándalos! ¡Sarrilegios! Si, razón había para pelear; mas ¿acaso un pueblo, por justos motivos indignado, no puede ser juguete de malas artes y donde busca salvación hallar su ruina?

Si al fin la contienda fuera en realidad un duelo á muerte entre la revolución y el orden, entre la impiedad y la fe católica, en buen hora, y dichoso entonces el que hubiera sufrido por la causa de Dios todas las tribulaciones de San Pablo. ¿Mas en qué consiste la revolución? ¿En palabras? ¿En ideas?

Basta reunir los manifiestos y cartas políticas de D. Carlos y su gente favorita, para ver mezclado el poder absoluto y la soberanía popular, las Cortes de Procuradores y las Constituyentes, la monarquía cristiana y el cesarismo... ¿Dónde ni cuándo se ha visto más revuelta confusión de ideas? Lo que hace quince años dije de Carlos VI, y que seguramente pasó por una exageración, hoy es un hecho: Carlos VII acepta *hasta el sufragio universal, ó, como si dijéramos, cualquier cosa*.

Y de otras ideas ¿qué decís, lo mismo los creyentes partidarios de las cargas á la bayoneta y de las arremetidas á navaja, que los incrédulos empeñados en culpar de todos estos males á la Iglesia, si en el centro de todo aquel ejército no hay sacerdote que á los cuatro días no se marche horrorizado de oír en la misma casa del rey negar ó desconocer el *Syllabus* y discutir si el sexto mandamiento es ó no de institución divina?

Pues si de las ideas y de las palabras pasamos á los hechos, basta de mentiras, basta ya de pérdidas sugerencias; estáis engañando al pueblo católico; *lo he visto*.

Dios, patria y rey, dice la bandera santa de la legitimidad, y... lo confieso: cuando recién llegado á Estella me despertaron las oraciones del pueblo; cuando oí en Puente el coro de la colegiata que alababa á Dios al despuantar el día; cuando vi, por ejemplo, á tres voluntarios sentados cerca de la lumbre, oyendo á un compañero de barba encanecida explicarles la doctrina cristiana, y á varios oficiales, jóvenes distinguidos, que

sin jactancia ni mojigatería rezaban antes de comer; cuando vi desde el toque de diana soldados arrodillados en el templo, que parecían campeones de la Edad-Media por el raro contraste de su devoción y su fiereza; cuando al viajar con algún batallón, observé que allí no se maldecía, que el resbalar y caer nunca daba motivo para una mala expresión, y que lo penoso de la marcha aun dejaba tiempo y fuerzas para hacer gimnasia, porque como me decía un jefe observador, *los chicos* aun no conocían la impureza: lo confieso, todo lo creí, todo pasó por mi imaginación, menos que la bandera santa estuviera enarbolada sobre un cuartel, verdadera irrisión de tan heroicas virtudes.

¡Catolicismo, y el único jefe á quien oí hablar de la causa católica fué Ello, para lamentarse de que, por no ser Roma bastante explícita, no vinieran más recursos del exterior!

¡Catolicismo, y aún está entre los *huenos* el cura Santa Cruz, que en la plaza pública de un pueblo hizo colocar sobre un tambor y dar *quinientos palos* á un señor coronel, dejándole por muerto!

¡Catolicismo, y Pérula, de visita en casa de una señora, derriba de un golpe al joven é ilustrado magistrado de Córdoba, recibiendo de su rey un castigo nominal y al poco tiempo un ascenso!

¡Catolicismo, en fin, y tiene que marchar de allí un prelado, por haber dicho que los jóvenes habían cogido las armas ante todo para defender la causa de la religión!

Y ¿es ese, como decía la revista *Altar y Trono*, el nuevo Godofredo que «se pone á la cabeza de los héroes cristianos que van á reconquistar la tierra profanada por los sarracenos modernos?»

«Si queréis admirar todo el sarcasmo en una escena, *yo la he visto*. Era el entierro de un joven capitán herido algunos días antes; cuatro soldados llevaban el ataúd; sobre el ataúd la boina y la espada; á los lados larga procesión de gentes con velas encendidas; detrás el clero; luego el coronel y los oficiales del batallón; luego una banda militar que ejecutaba la marcha fúnebre más desgarradora; luego la compañía que había mandado el pobre capitán, y en último término la multitud agrupada con ejemplo recogimiento.

Un prusiano católico, redactor de *La Germania* de Berlín, me decía profundamente afectado, que jamás había visto tan bien expresado el presentimiento de la otra vida.

Pasó todo el cortejo por delante de la casa de D. Carlos, y... *yo lo he visto*! La guardia se formó en la acera como para dar al desgraciado oficial el último adiós, pero los balcones de la regia morada no se abrieron!

¿Saldrá el rey al balcón?, decían algunos. ¡Inocencia! ¡No eran más que las once, y aquel rey cristiano en campaña se levanta siempre á medio día!

¿Qué tiene, pues, de extraño que allí dominara en política, en administración

y en costumbres, toda la barbarie que se necesitaba para tener reprimida la justicia por el célebre Rosas Samaniego?»

Un ex-carlista á quien no tengo el gusto de conocer, acaba de publicar un buen folleto en el que dice:

«Yo conozco un defensor de la *causa tres veces santa de Dios, Patria y Rey*, que tiene arrojados á una sima que existe en los alrededores de Estella centenares de hombres, mujeres y adultos, sólo por delitos imaginarios, sin formación de proceso, sin ninguno de los auxilios espirituales, y estos hechos son conocidos de todos, incluso el mismo D. Carlos.»

Y es verdad; yo también conozco al monstruo. Halléle una tarde en Puente; él salía de la casa del rey cuando yo entraba. Un teniente coronel me dijo:—¿Sabe usted quién es ese?—No señor.—Va usted á oírle. ¡Era Rosa! Venía por una especie de patente para *cobrar* contribuciones en Huesca; así lo dió á entender con monosílabos, porque apenas habla. Cabizbajo y de un color cetrino amarillento, mirada errante y actitud de miedo, se le veía como receloso de encontrar á cada paso la venganza.

¿Y este hombre, pregunté á un oficial, entra en la casa del Rey?—¿Que si entra? me dijo, ayer comió con S. M.—¿Pero es cierto lo que dicen de él?—Si señor.—¿Cuántas víctimas habrá hecho?—Sobre doscientas, y él es siempre *el fiscal, el juez, el verdugo y el enterrador*.

El capellán de guías me dió luego detalles de una ejecución hecha por Rosa, en la que él como sacerdote había tenido que auxiliar á la víctima, y sus informes me horrorizaron.

Con esta impresión hablé á D. Carlos aquella misma noche, y por ver el efecto que le hacía, nombré al monstruo. No olvidaré jamás el *divertido* lance que S. M. me refirió, apurando por cierto una copa de *chartreuse*. Un... no sé quién, un hombre, un español lanzado á la sima, quedó agarrado á un arbusto pidiendo misericordia, y mientras él más gritaba, Rosa con mayor empeño le tiraba piedras enormes, hasta que acertando una vez, le arrojó al precipicio.

Esto lo negará D. Carlos; pero no negará que en su alojamiento entraba y salía Rosa como un caballero, y que llevando pantalon de oficial de caballería y dorman, los centinelas de S. M. saludaban respetuosamente al asesino.

Se puede retar á todos los generales carlistas á que prueben que allí, hasta hace un año, se ha dictado y llevado á efecto una sola sentencia de muerte con arreglo á ordenanza.

El ex-carlista indicado anteriormente, añadía:

«Un general, nada menos que un general esclavo del sagrado dogma escrito en su bandera, después de tomar una plaza fuerte, proponía á las hijas y esposas de los prisioneros, de la clase de paisanos por cierto, y que iban á interceder por

seres tan queridos á su corazón, concederles la libertad á cambio de recibir sus favores.

No lo he visto, pero lo creo; porque allí no se respeta ni el pudor natural entre las hijas de una misma madre, ni á las jóvenes que dan guardia á D. Margarita, ni á la viuda del oficial carlista, ¡pobre viuda, que donde viene á pedir consuelo ve insultada y atropellada su honra!, ni el honor del caballero cuya hospitalidad se paga haciendo pública su afrenta é imponiéndole después una fuerte contribución por liberal, para aplicarle con fruición villana aquel proverbio que no se dice jamás entre personas bien nacidas.

Con tales ideas, con tales hábitos, con este modo de comprender la hidalguía, ¿qué orden ni concierto puede haber? Gracias á las diputaciones, gracias al orden foral que está allí sólidamente establecido, gracias á un resto de costumbres patriarcales, que si no el país estaría ya desierto y ocupado solamente por foragidos, porque los hijos de familias honradas alternan con estafadores de Madrid, con salteadores y hasta con federales de Cartagena, ¡que juegan y se divierten con la sagrada imagen de Dios crucificado!

Y si hace algunos meses había moralidad en las masas, hoy el que rezaba, ya no reza; el que no maldecía, ya maldecía; el fusil hizo odioso el arado; el que no fumaba siquiera, ya se embriaga; el que abrazaba al carabinero padre de familia cuando rendido le pedía por Dios, hoy le da muerte; y el que antes no replicaba á un jefe, le asesina. Y ¿cómo podía suceder otra cosa, si el mal ejemplo entró insolente hasta en los monasterios de enseñanza, y bajo el sagrado techo de la castidad se ejecutaron los nefandos recuerdos de Mabilie y del Chateau des Fleurs?

Católicos, ahí teneis la Tierra Santa conquistada... para Satanás. ¿No lo creéis? Id á verlo.

Allí había un sacerdote italiano que, sin más arma que un crucifijo, se colocaba siempre en vanguardia, donde más arreciaban las balas, y un lord protestante, al parecer pasmado de ver por una parte tanto fe y por la otra tanta relajación. Yo me encontré en aquellas provincias con franceses, con ingleses, belgas y hasta prusianos; y entre tantos extranjeros no he visto cuatro españoles que fueran allí por estudio. Los liberales no se atrevían; á los carlistas les bastaba leer *El Cuartel Real*, adúlador *autógrafo* de D. Carlos; y con este abandono y con tal negligencia, ¿piensan los pacíficos y los mansos incitadores de la guerra, que no han de ser responsables de tanta sangre inocente como allí se derrama, para dejar por mucho tiempo un rastro de profunda inmoralidad?

Y siendo tal la dirección suprema y tales las condiciones del ejército modelo, ¿qué había de suceder en Aragón, Valen-

ci y Cataluña bajo el mando de D. Alfonso, públicamente dirigido y gobernado por la que el ex-carlista anónimo llama, y con razón *diablo con faldas*, y que lejos de intervenir y de mezclarse en todo para templar los rigores de la guerra, llegó á ser el terror de los vencidos? Secuestradores de oficio, salteadores de pueblos y ciudades, sin otro plan que el saqueo, entraron á sangre y fuego en todas partes, y al retirarse con el botín, ¿qué recuerdo dejaron? No volverán á preguntarlo.

¿Y es ésta, cielo santo, la causa de la religión! ¡Desdichados los que aún seguís peleando de buena fe! Se comprende que os duela en el alma renunciar á una empresa acometida con tanto ardimiento; pero ved que ya defendéis lo contrario de lo que defendíais; ved que luchando justamente indignados contra la bandera de la libertad, estais combatiendo por la mil veces más odiosa bandera del libertinaje, en todo y para todo lo que constituye el orden social; ved que hace falta, mucha falta vuestro valor y vuestra fe religiosa, para resistir á los enemigos de todo principio santo.

Lo que es para vosotros un sacrificio inmenso, para los principales no es más que una especulación impía y sanguinaria. ¿Por ventura no aceptaban ellos al general Cabrera regente ó dictador? ¿Acaso no le instaron para que se pusiera al frente de una rebelión contra el mismo rey á quien aclaman? ¿Dónde está, pues, el monarquismo y la tan ponderada fe religiosa de vuestros instigadores? Ambición de mando, sed de venganza, y nada más.

¡Oh! Meditadlo, y en la sinceridad y pureza de vuestra intención daréis gracias al cielo por no haber acertado á elevar tanta bajaesa.»

El cuadro de la Corte de Estella no puede estar mejor pintado; tan competente era el pintor, y tan hondamente sentía el asunto.

La única tacha que pudiera ponérsele, es la de excesiva suavidad en las tintas; hubiese resultado de más efecto empleando colores más acentuados.

Otros pintores carlistas los emplearon por aquel tiempo y ahí va una muestra:

«¡Qué burla sacrílega! Mientras los voluntarios se baten en Somorrostro y en Estella, el rey se divierte en Durango y en Puente; mientras que el pueblo gime, el rey se baña; los duelos se celebran con regatas; cerca del hospital de sangre, la orgía; un sinnúmero de tarjetas tiradas acá y allá vienen á decir que *el Señorío de Vizcaya está cansado de ver las liviandades de Lequeitio*; y al pensar en el triunfo se ocurren tales ideas, que un joven militar se ve obligado á decir: «Señor, en llegando á Madrid tendrá V. M. cosas más serias en que ocuparse.»

Pues como éste hablaba, hablaron muchos: casi todos los honrados.

Ya se irán enterando mis lectores.

## Suscripción "Sánchez-Pérez,"

Después de cerrada, se han recibido las siguientes cantidades:

	Pesetas.
José Rey. (Valencia).....	10'00
Un suscriptor. (Torredembarra).....	1'00
Benito Pelegrin.....	1'00
Eduardo León. (Puebla de Obando).....	1'00
Joaquín V. Fernández. (Baña).....	1'00
TOTAL.....	14'00

## SOBRE LA TUMBA DE COSTA

Para IDEAL, de Zaragoza

En *Ideal* de 17 de Agosto último apareció un artículo, *Una visita á la tumba de Costa*, vibrante de emoción y hondamente sentido, como todo lo que escribe para el público Eugenio Noel.

Hay, sin embargo, en tal escrito, algo que conviene rectificar. Cuando el entierro del grande hombre la llamada *buena prensa* que es, para mí, la mala ó por lo menos la idiota, acaloró y empolló un *canard* ridículo y malévolo: Costa, según ella, había sido enterrado con un rosario y un crucifijo entre las manos y había recibido en sus sienes el agua del hisopo. En varias ocasiones y desde las columnas de la *mala prensa*, naturalmente, he cortado las alas de este *canard*; pero ellas crecen á poco nuevamente, y ahora fué la valiente pluma de Noel la que le lanzó á su último vuelo. Nuevamente y rotundamente afirmo pues, bajo mi palabra de hombre honrado, que la tal invención es una ruín superchería y que el cadáver de Costa nunca ostentó rosarios ni crucifijos ni cualesquiera otros amuletos ni símbolos. Así era su voluntad, que fué respetada por los suyos, y el alcalde de Zaragoza se apresuró á retirar el cristo previamente colocado en la capilla ardiente.

Con grande sorpresa mía y de muchos, el cadáver fué depositado en el cementerio católico; pero la Iglesia se abstuvo de toda preza ó manifestación confesional en aquel acto, dando lugar á que los amigos y discípulos de Costa atribuyéramos lo acaecido á un ambiente de mutua y plausible tolerancia, creado en torno de los gloriosos restos. Es este el primer acto de secularización de cementerios, dije yo á mis amigos. El demócrata Canalejas no supo traerla á las leyes y Zaragoza, más demócrata que Canalejas, la trae á las costumbres: siempre es una lección de gobernantes.

Pasó un año, y el día del aniversario Zaragoza colocó la primera piedra en el mausoleo del «grande hombre». Con sor-

presa mía también, la Iglesia se deslizó solapadamente en el acto, y ya olvidando todo espíritu de tolerancia, hisopeó los gloriosos restos, prevalida de su jurisdicción en el cementerio. Los republicanos y el *Demos* zaragozano protestaron en el acto del odioso desmán, pero no bastante airadamente. Fué como el gruñido del mastín hostigado, que no se atreve á morder.

Yo fui culpable de silencio. No dispongo de una mentalidad repentista y quedé desconcertado ante lo inesperado de la osadía. Si hubiera dispuesto de unos minutos de reflexión, acaso hubiera interpelado al impertinente sacerdote y le habría obligado á retirarse y á respetar los gloriosos restos de mi maestro, allí ultrajados por una Iglesia intransigente y feroz. Fué, pues, justísima la protesta y comedida en exceso. Fué en cambio injusto el grito aislado proferido contra Paraiso. Cualesquiera que fueran las diferencias políticas de los dos hombres, Paraiso rindió siempre pleito homenaje á la grandeza mental de Costa. Paraiso puso su hacienda toda á mi disposición y con todo secreto para aliviar la situación del Maestro en sus últimos días. No hubo lugar á aceptar su noble ofrecimiento, y más tarde, cuando muerto Costa se inició la cuestión del monumento que guardara sus cenizas, Paraiso fué el ferviente amigo y el gran señor de siempre. Yo me complazco en hacerle esta justicia.

A tal punto nos ha traído la intemperancia clerical, que queda ahí la tumba de Costa como un problema en pie y sin resolver. He aquí su sincero planteamiento: ó el cementerio católico de Torrero se considera secularizado para la quieta y pacífica permanencia en él de los restos de Costa, ó es preciso sacarlos de ahí. Basta ya de escarnios á su memoria gloriosa, y evítese por quien debe evitarlo el que su huesa sea teatro de sangrientas luchas en lo futuro. Los republicanos y el pueblo de Zaragoza, ya avisados, no han de tolerar otra vez la injuria pasada.

Y ahora, una leal advertencia á Zaragoza, para terminar. Hay pueblos en Aragón que tienen tanto, y alguno con con mejor derecho, para guardar los gloriosos restos del grande hombre; Zaragoza los secuestró á su paso con gesto valeroso y noble, é ignorando que tal era el plan preconcebido y hábilmente amañado por un gobierno tímido que temía á Costa muerto, tanto como los moros al Cid. Tal hecho obliga á Zaragoza, y no es lícito que la urbe inmortal ande tan remisa en el cumplimiento de su obligación. Quien avisa no engaña, y mis palabras son aviso de cortesía á la nobilísima ciudad, y de ellas deben tener buena nota sus próceres y administradores comidos á la mejor ejecución de tan honroso empeño. O Zaragoza de aquí al próximo aniversario demuestra andando el movimiento en lo de construir el mausoleo acordado, ó muy sencilla y cortesmente y sin agravio de nadie, público ni privado, habrá de hacer

dejación del sagrado depósito á alguno de aquellos pueblos con tanto ó mejor derecho, y que cifrarán en tan alto honor su mejor timbre de nobleza.

Valga por dicho.

SILVIO KOSSTI

En Huesca á los 25 8 1912.

## Recuerdo oportuno

El millonario E. W. Pitmann hizo recientemente en Boston una revelación sensacional á la policía. Horrorizado después de las consecuencias que pudiera tener su denuncia, y ante el temor de posibles venganzas, se ha suicidado.

Pitmann dió á conocer detalladamente á la policía la existencia y organización de una poderosa sociedad, á la que él pertenecía, de los más importantes hiladores del Massachusetts, formada para combatir, aun por medios ilegales, el sindicalismo y las huelgas.

El *Daily Chronicle* de Londres añade á esta noticia, la de que la mayor parte de los incendios, atentados con la dinamita y otros daños y actos de violencia, perpetrados en Lawrence en el transcurso de las últimas huelgas de los obreros hiladores, fueron levados á cabo por bandidos á sueldo de los patronos, para suscitar con tales actos un movimiento hostil á los sindicatos y organizaciones obreras.

Y al leer esto, he recordado aquel período de las bombas en Barcelona, en que nunca eran habidos los autores, y lo que se sospechó por aquel entonces de si podrían ser impulsados, pagados y amparados por los jesuitas.

Y nada más por hoy sobre este asunto.

EL JAIMISMO

## Inconscientes y embaucadores

Simplemente: es una vergüenza, un deshonor para España esa marejada del jaimismo matón, provocador y canallisco.

Es una indecencia que asquea, un reto que enciende, un agravio á la civilización que abochorna, una mancha más que ofrecemos á la expectación del extranjero. Cuando, después de una ojeada más allá de nuestras fronteras, bajamos á España, minúscula, misera, sin una noble idealidad en su estandarte, ni un anhelo gigantesco en su corazón, erzarzada en una pelea rufianesca, entregada á la lotería del revólver ó de la *brumwing*, nos invade la tristeza y caen de nuestra mente ó mueren en ella las ilusiones forjadas en esas grandes fábricas del pensamiento que levanta, más allá de nuestros límites geográficos, el esfuerzo humano: «¡Españal—decimos siempre con inenarrable ansiedad.—¿Por qué no imitas á estos hombres? ¿Por qué no adoptas estas ideas?»

¡El jaimismo! ¡Escoria de los tiempos! ¡Supervivencia de la barbarie! ¿Qué es? ¿Qué pretende ser? ¿A dónde váis, ciegos unos, maliciosos y embaucadores otros? ¿Qué os proponéis? Hacer blanco en la carne republicana y librepensadora con vuestras armas. Sentar plaza de majos, ponerle unos *panitloros* al régimen; sois, unos, instrumentos de la indignidad, de la traición política de los otros, de los de arriba, de vuestros jefes vendidos, todos, todos, absolutamente todos, desde vuestro rey hasta el más vulgar de vuestros concejales, á la monarquía alfonsina.

D. Jaime no contrae matrimonio porque le pagan su celibato. Es un célibe de alquiler, tiene el albarán, ó el papel, para que lo comprendáis todos, donde ningún rey, partidario, naturalmente, del derecho patrimonial puede ponérselo sin un ultraje á su masculinidad ó una ofensa gravísima á sus propios principios. ¿Estáis ciegos?

D. Jaime es partidario de la monarquía absoluta, hereditaria, patrimonial. ¿Por qué no se casa? ¿Por qué no fecunda á una mujer legándolos un heredero? ¡Porque se lo imponen! ¡Le imponen, y él lo acepta por dinero, sin duda, por dinero, el más grande de todos los sacrificios para un hombre: el de no tener hijos! Y cuando un aspirante á rey llega hasta á vender los órganos de la vida y á secar las fuentes más sublimes del sentimiento por un puñado de calderilla ó por una tonelada de oro, los que por él se matan ó luchan son, ó alucinados ó salvajes, y los que empujan, conociendo el secreto, unos miserables.

Pero, ¿os matáis por él? ¡Ah! No. Comprenderíamos que el esfuerzo del jaimismo se dirigiera contra el régimen constitucional, del que es adversario; comprenderíamos y justificaríamos que conspirasen los legitimistas contra la dinastía para entronizar á su rey; que se afanasen proclamando el fracaso de las actuales instituciones y sus hombres, colocando frente á unas y otros una nueva institución, la suya; una idealidad, la que sientan; y otros nombres más honrados, más talentados, más patriotas para seducir á la opinión, para sembrar jaimismo decente, culto, españolista, si todo esto no fuese inverosímil, de puro imposible.

Pero ¿qué hacéis? Luchar contra nosotros, enemigos también del régimen; disparar vuestras armas contra los republicanos que encauzan sus energías, sus propagandas, su acción, en suma, contra lo que estimáis como nosotros un obstáculo para la salvación de la patria, mientras los explotadores del régimen digieren tranquilamente, contemplando cómo nos matamos, cómo les libramos nosotros mismos de adversarios. ¡Cuánta imbecilidad, cuánta ignorancia!

Conspirar en vuestros casinos y en vuestros domicilios; organizar vuestras huestes en el secreto para el levantamiento; atraeros los elementos necesarios para que cierta institución, á la que adultáis, os secunde; propagar, sembrar hon-

rada doctrina, si la vuestra puede serlo, por todas partes; dar al país la sensación de que sois un elemento de cultura y de patriotismo, de fuerza y de mentalidad, renovador, aunque para ello tuviérais que refundir la tradición, dándole nuevos moldes, como han hecho otras monarquías y otros monárquicos más inteligentes y avisados que vosotros, esto nos parecería respetable, y, como revolucionarios de un régimen que nosotros odiamos también, la acción realizada alrededor de vuestra causa sería simpática, aunque la causa misma no lo fuese.

Pero organizar chiquillos inconscientes y matones de oficio, y poner á disposición de la monarquía alfonsina constitucional esa fuerza para detener (¡qué idiotez!) el avance republicano, *olvidando* de un modo sospechoso vuestro deber, indica en los inspiradores el altísimo ó bajísimo grado de traición á que han llegado, y en los que los siguen su absoluta ignorancia de la vida pública, su incapacidad para saber lo que es su propio partido.

Y hasta ahora, aún no han ocurrido más que escaramuzas. Desdichado jaimismo, que ignora las consecuencias de sus responsabilidades actuales. ¡Cuán tarde llegará su arrepentimiento! El partido republicano vengará en un solo momento de malhumor todas las perturbaciones de ahora, estúpidas é inmotivadas; y cuando suene el momento de las reparaciones, sabe ya contra qué debe dirigirse.

F. AZZATI

## Una torpeza

Un Juzgado de Valencia ha ordenado que sea conducido á aquella capital Emilio Navarrete, detenido en Alpuente.

¿Que quién es ese ciudadano?

Un apreciable ministro del Señor que allá en 1907 cometió varias estafas, huyendo á América, y siendo condenado en rebeldía.

Pecó de ligero el amigo al marcharse y ahora sufre las consecuencias.

Quedándose aquí, le hubiera sido fácil probar que era inocente: huyendo, se reconoció culpable.

Le recomiendo un poco más de calma y prudencia para otra vez.

## ¡Hasta las piedras!

Hombres, mujeres, niños, y hasta las piedras, (si fuesen susceptibles de sublevarse) debería revolverse airados contra los crueles descendientes del aborrecido Saballs y del monstruoso Santa Cruz. ¡Imposible, imposible parece que en el siglo de la electricidad, hayan vuelto á la vida esas negras falanjes, con cuya presencia se obscurecieron más y más las sombras de nuestro pasado.

Cerca de cuarenta años de propagar la libertad, de maldecir la Inquisición, de clamar por una enseñanza racional y de lu-

char en todos los terrenos por la europeización de España, sólo han servido para que los jaimistas, (retoños del carlismo y de sus repulsivos *requetes*) iergan sus cabezas de degenerados, repletas de propósitos criminosos, y armen su mano con el arma homicida que ha de acabar traidoramente con algún defensor de la libertad y del progreso.

Y esto ocurre en el corazón de la Península, ante el ejército de la democracia; en las barbas casti, de gobernadores que se denominan liberales, y hallándose al frente de los destinos del País un hombre que se llamó republicano, y que más tarde cayó de una situación liberal, por no arriar la bandera del anticlericalismo.

¿Será que todos hemos perdido la noción de nuestro deber? ¿Será que tanto se ha enseñoreado entre nosotros la barbarie, que ya nos hemos familiarizado con ella, encontrando natural lo absurdo y lógico lo inexplicable? ¿Nos habremos acostumbrado al mal hasta el punto de no distinguirlo del bien, ni de lo que al bien puede conducirnos? ¿Hemos perdido la memoria de las brutalidades que en todo tiempo cometieron los carlistas y permitimos á sus sucesores que las renueven en medio de nuestras calles más públicas, para solaz de clérigos *trabucaires*, y vergüenza de las gentes civilizadas? ¿Qué es esto? ¿Donde hemos legado? ¿Donde está nuestra dignidad? ¿Donde está nuestro decoro?

¡No, no! ¡No puede prolongarse por más tiempo una situación tan anómala, y que tanto nos denigra y envilece!

Esos liliputienses para todo lo que no sea la cobarde emboscada, han de volver á hundirse en lo más hondo de sus guaridas, porque la salud pública lo exige.

Y si hubiese autoridades que, por contar con aliados contra los elementos progresivos, protegieran á esa caterva de imberbes indocumentados, usemos de las mismas prerrogativas que á ellos les otorguen.

¿Aprenden la instrucción militar y organizan compañías y batallones?

¡Pues aprendanla y organícense militarmente nuestros jóvenes revolucionarios!

¿Aquellos marchan uniformados y en correcta formación, sin que les importe un ardite la policía? ¡A seguir su ejemplo, y á celebrar los paseos que sean necesarios para demostrar que contra sus fuerzas están las vuestras, y que no hay motivo para considerarlas inferiores ni en ciencia, ni en número ni en pericia!

¿Que nos atacan y los encargados de guardar el orden nos dejan indefensos?

¡Pues á defendernos, ofendiendo de paso á los que no provocan!

¿Que se arman?

¡Pues á no salir desprevenidos!

Hagamos algo, en fin, para cortar este estado de cosas que constituye la más atroz de las vilezas.

Porque la paciencia tiene sus límites y la abyección también.

ANGELES LOPEZ DE AYALA

Barcelona 30 Septiembre 1912.

## ¡Pum!... ¡Pum!...

Según despachos telegráficos de Lisboa, en Aldea del Obispo, distrito de Guarda, intentó un cura verificar un entierro sin la asistencia de la cofradía.

Se opuso el representante de la auto-

ridad, secundado por el vecindario, y esto dió lugar á una colisión, de la que salió el padre de almas con la sobrepelliz desgarrada, y un anciano con varios golpes que él le propinó.

Detenido, pidió á la autoridad permiso para cambiar de sobrepelliz, se dirigió á su domicilio, cogió una browning (que por lo mismo es hoy el arma de reglamento clerical), y volviendo á la iglesia, hizo un disparo á quemarropa sobre el agente, matándole.

El vecindario, enfurecido, se apoderó del cura, lynchándole, mutilando horriblemente su cadáver y exponiéndose á que fuera inhumado en el cementerio.

¡Oh presbíteros españoles! Escarmentad en ese desgraciado colega portugués, y no cedáis en ningún caso á los impulsos de la ira, pasión funesta que os abrirá las puertas del infierno cuando menos lo penseis. ¡Y por toda una eternidad!... ¡Horror!...

Pues supongo que á ese de la browning no le serán abiertas las puertas del cielo, habiendo muerto á raíz del escabechamiento de un hombre en la tierra.

Aunque como yo no entiendo de estas cosas, quizás me equivoque.

## Recuerdo terrible

Un obrero salía de un portal de una casa de la calle del Hornó de la Mata, donde trabajaba, llevando ocupadas las manos con materiales y herramientas de su oficio, cuando tropezó con el Viático, que acompañaba con un farol el guardia número 76.

Ver el guardia que se quedaba perplejo, sin descubrirse, y tirar el farol y abalanzarse á él y zarandearle, sin paramientos en si había podido ó no hacerlo, y obligarle á ir á la Comisaría, fué obra de un momento.

Protestó el obrero ante el comisario del atropello, exponiendo que no había podido descubrirse por llevar ocupadas las manos, y la contestación del comisario fué enviarlo á un calabozo en el que se encontraban dos borrachos.

Quiso el obrero llamar á una persona que le fiara, le exigieron 50 céntimos para el recadero y no los tenía.

Celebróse el juicio, quiso defenderse, el juez le negó la palabra y le condenó á seis días de arresto y 30 pesetas de multa y al pago de las costas, pero le dió un consejo: que huya siempre que vea el Viático si no quiere descubrirse.

Si, es el mejor remedio: yo lo vengo practicando hace años y me va tan ricamente, sin embargo, una vez sufrí un disgusto horroroso.

Una desde la Glorieta de Bilbao á la Puerta del Sol, y á los ocho ó diez pasos antes de llegar á la esquina de la calle del Arco de Santa María, oigo la campanilla, á la vez que veo al cura que conducía el Viático; trato de volver grupas y me encuentro con que todos los que venían detrás de mí por la acera estaban ya de rodillas obstruyendo el paso.

Con más prisa que si huyera de un toro bravo, me cuelo en el portal de enfrente, y un campanillazo, que me olió á campana gorda de Toledo, me hizo comprender que el Viático era para un enfermo de aquella casa.

Subo con mas agilidad que gato perseguido al piso principal, me paro, y otro campanillazo aterrador, que parecióme estallido de bomba de dinamita, me advierte que el sacerdote continúa subiendo...

Tomo asustado y trémulo los escalones del segundo piso, y otro campanillazo, que juzgué ya horrisono trompetazo de Juicio final, me traslada sin darme cuenta de ello al piso tercero, al cuarto, al quinto, al vigésimo, al qué sé yo cuántos...

Ello es que me vi en el último de la casa, tocando el techo con la cabeza, y sin escapatoria por ninguna parte...

¡Y á todo esto, la campanilla sonando!...

Pensé en el suicidio, pero ¿cómo realizarlo? Solamente arrojándome de cabeza por el hueco de la escalera... Mas ¡y! esto hubiera podido turbar la sagrada ceremonia y ser tal vez causa de que el enfermo muriese en pecado mortal... ¡Oh, no, nunca! ¿Privar yo á un alma de la salvación eterna? ¡Primero jesuita!

Y me quedé casi inmóvil, tiritando, sudando, estremeciéndome, viendo bailar las paredes á mi alrededor, oyendo carcajadas satánicas, sufriendo angustias que me destrozaban las entrañas, sintiendo martillazos en el corazón, perdiendo completamente la noción de la vida...

¿Cuánto tiempo permanecí en aquel estado? No lo sé.

Sólo recuerdo que al verme en la calle, tardé mucho tiempo en volver á la realidad, y que en mis recuerdos de pesadilla ocupa ese el lugar preferente.

Y desde entonces (han pasado lo menos quince años) estoy ahorrando para comprar un globo que me permita atravesar la población sin exponerme á recibir un susto tan tremendo como el de aquel día, pues tergo la seguridad de que no podría resistirlo.

Lo advierto, para que no achaquen mis lectores á locura el verme andar á mis años por los aires, si llego á reunir la cantidad suficiente para comprar un globo, si no me decido por un aeroplano.

## Lo que entra con el capillo...

Voy á copiar varios párrafos de un artículo de un escritor de gran valía, Bernardo G. de Candamo, para sacar después una consecuencia; se titula *Contra el señoritismo*.

Habla el autor del fracaso de una obra escénica de Tristán Bernard, y dice:

«Los que pateaban á Tristán Bernard en su graciosísima adaptación de *Los Menecesmos*, de Plauto, desconocían el alto valor histórico y literario de la comedia.

Muchos señoritos, embutidos en fraques y en pecheras relucientes, suponían en su

volapuk afrancesado, que Plauto era un escritor francés, de quien había tomado el asunto otro escritor francés.

Y, realmente, se indignaron con *Plotó*, y lanzaron la excomunión ruidosa de sus zapatos afeminados y descotados sobre una de las comedias de más intensa belleza que han desfilado por los escenarios españoles.

Algo semejante ocurrió con *El bailarín desconocido*, y es probable que ocurriría con *Le petit café*.

Tristán Bernard no puede escribir, con toda su aparente frivolidad, obras que satisfagan totalmente á la frivolidad elegante. El «señorito» aún no está bien estudiado en la zoología social. Faltan algunos datos; otros datos parecen incluir al señorito en el capítulo de las personas, y este error suele basarse en los títulos académicos.

Pero aunque un señorito sea abogado é ingeniero siete veces y chapurré e catorce idiomas, no puede pensar con algún fundamento mientras use zapatos de bailarina, y calcetines de *cocotte*, y reloj de señora, y pulsera al puño, y se peine á lo Cleo de Merode, y logre emitir la voz con modulaciones de jamona histérica.

Un fracaso originado por seres de tal índole, puede considerarse como un éxito.

Un éxito conseguido con un público de hombres y de mujeres entra ya en la casilla de los grandes triunfos.»

La consecuencia que saco yo de todo eso, es la siguiente:

Cada cual obra con arreglo á la educación que recibe; y como todos esos señoritos de zapatitos descotaditos fueron educados en colegios clericales, recibieron durante muchos años las ideas que los frailes les apuntaron, al recto propósito de que las practicaran fielmente después, no debemos extrañarnos de que procuren en todos los casos y circunstancias hacer honor á sus maestros.

Ya lo dijo el antiguo refrán: «lo que entra con el capillo sale con la mortaja».

## ¡ESTABA BENDECIDA!

La pícaro y gazmoña rotativa de *El Correo Catalán* de Barcelona, fué bendecida por el obispo hace unos meses.

Y la cochina, al poco tiempo, en pillado en su engranaje la mano del maquinista católico, y se la ha cercenado como antiguamente se la cercenaba la justicia á los fabricantes de moneda falsa.

¡Vaya con la eficacia de las bendiciones! Ni que Dios se propusiera desacreditarlas...

Prediquenle al maquinista manco el valor preservativo de las bendiciones, y á ver qué contesta.

## LA RELIGION

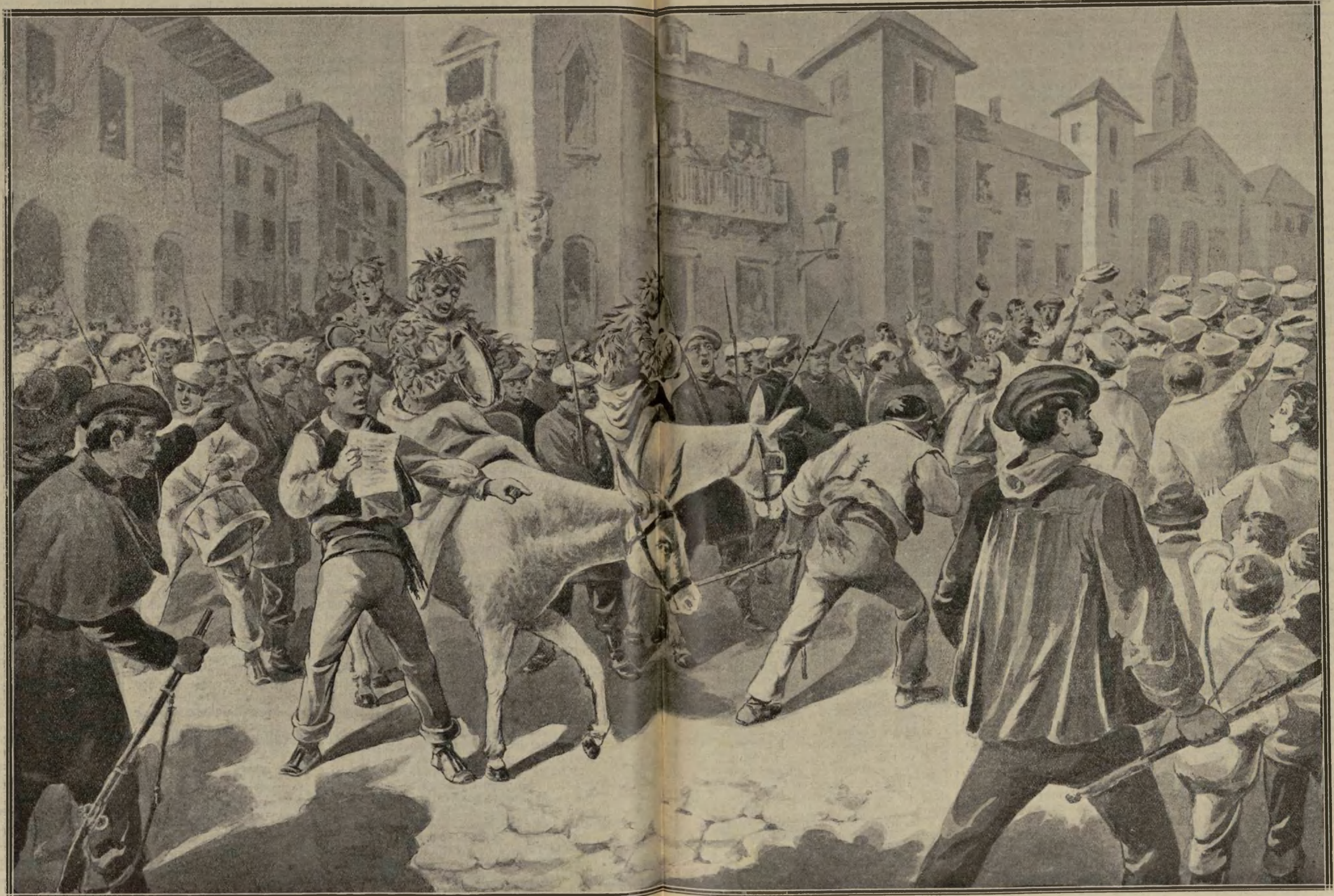
AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

# EL MOTIN



Empluman los carlistas tres mujeres en Tolosa, en Julio de 1874, por ser madre la una y esposas las otras dos de miqueletes  
Ayuntamiento de Madrid



## La Inquisición al descubierto

I.—*El Almanaque de la Inquisición*. II.—*El Santo Oficio*. III.—*Los Autos de Fe*. IV.—*Quema de brujas en Logroño*. V.—*Carne ultrajada y quemada*. VI.—*Despojo, infamia y hoguera*.

Todos los que se dediquen al estudio de la historia de la religión y especialmente los que como nosotros vemos en la Santa Inquisición el lógico fruto del cristianismo, tenemos que estar muy agradecidos á D. José Nakens y á su inteligente é incansable colaborador el gran paleógrafo Sr. Pey Ordeix, por la casi milagrosa actividad que han desplegado en el campo de las pesquisas y en la publicación de todo lo concerniente á los grandes hechos del Santo Oficio. Mi mesa de despacho, en este momento, está abarrotada con lo que durante el último año han producido esos señores para enriquecer y aumentar nuestros conocimientos con las inauditas crueldades cometidas por la Inquisición en nombre de Dios y de su Cristo.

Los seis libros cuyos títulos encabezan este artículo permiten al curioso que se percate del verdadero espíritu que dominaba á los santos varones elegidos de Dios cuando se recreaban en las torturas inflingidas á los herejes. La publicación de estos seis volúmenes son un terrible golpe para la Iglesia cuyos fieles hijos, sacerdotes del altar, apuntarán con el dedo los acusadores textos que reproducen sus crímenes. Con esos libros á la vista, podemos reconstituir fácilmente los horripilantes actos que España vió durante cuatro ó cinco siglos, siglos de sangre, de lágrimas, de matanzas y terrorismo.

A pesar de la belleza, conciencia é imparcialidad que caracterizan las obras de Lea, clásico historiador en nuestro idioma de la Inquisición, no nos damos cuenta de sus horrores de la quintaesencia de los crueles horrores, como nos los hacen ver, sentir y palpar los seis citados volúmenes. El horror de esas escenas lo comprendemos mejor, y el asco y la repulsión la sentimos más profundamente al recorrer esos datos horribles escritos precisamente en lenguaje claro y sencillo, en el lenguaje crudo de los inquisidores ó de sus verdugos, con todas las circunstancias y el palpitante realismo que envolvía el crimen y escrito, no para no dañar los sentimientos de los lectores del siglo xx, sino para deleitar á los sanguinarios fanáticos de la piadosa Edad Media. En algunos casos, á decir verdad, los documentos relatan hechos acontecidos mucho antes algunas veces, hasta siglos, pero su importancia filosófica y psicológica es de inestimable valor, porque nos hace ver los sa vajes nexos de simpatía y aprobación que unía á la Iglesia y sus apologistas al través de los tiempos en todo lo que fueran villanías co-

metidas en nombre de la religión. Después de leer tan horribles revelaciones, estoy convencido de que no es posible que ningún historiador trate de asuntos de la Inquisición sin tener en cuenta estos volúmenes que también nos dan á conocer el Santo Oficio.

Persecución y religión: dos cosas que siempre van unidas de la mano. Es tan difícil separar la cristiana de los crímenes con los que prosperó y se fundó, como separar al asesino de su víctima, al ladrón de sus robados bienes.

Durante siglos la única organización del cristianismo ha sido quemar herejes y apropiarse de sus bienes con los que pagaba á sus obispos y á su clero (é indudablemente á sus sucesores de hoy día) la expoliación del cismático y del infiel. Como dice con mucha razón Nakens en su prólogo de *El Santo Oficio*, si se suprime la muerte de Cristo suprimimos el pretexto de la Inquisición. En su nombre torturaron y quemaron á los herejes. El crucifijo fué el emblema de la crueldad.

Por la gloria de Cristo, por el honor de su nombre la Iglesia enviaba con toda solemnidad al patíbulo ó á la hoguera los cuerpos de sus víctimas.

En estos *autos de fe* el sacerdote representaba sin vergüenza alguna el papel del asesino, sin ocultar la ley de su religión bajo máscara alguna. Se alardeaba con toda la pompa de las circunstancias, el ritual y la solemnidad del credo y la espléndida ceremonia de la hoguera pública, con toda la exhibición de la suntuosa y espléndida magnificencia que era necesario dar á un espectáculo honrado por la presencia de reyes, cortesanos, obispos, frailes é inquisidores, con el vengador crucifijo, de donde pendía el Dios desnudo para glorificar la crueldad.

Allí, el humilde Galileo se hacía insolente por el exceso de poder.

Durante siglos, la humanidad vió á la víctima del calvario presidiendo desde su cruz la aplicación de infames torturas en las mazmorras inquisitoriales, contemplando las angustias, las sacudidas dolorosas de los que se retorcián entre las llamas en las piras levantadas en su nombre. La última visión, la última cosa que veía la víctima agonizante era la pálida faz del Cristo.

La insistente obsesión de esta figura aparece á cada página en las citadas obras, en las que vemos fielmente reflejado el verdadero espíritu de la religión en aquellos días en que hacia alarde de su poder y su arrogancia, horrible cuadro que al inspirarnos terror y repugnancia del pasado, nos debe poner alerta y hacernos comprender lo que sería si algún día en el futuro fuera capaz de tales abominaciones.

Antes de quemar á los herejes en estos solemnes espectáculos públicos en los que se hacia gran ostentación de fe y fervor religioso, era costumbre que algún orador sagrado edificase al pueblo y aterrorizase á las víctimas con algún sermón lleno de fuego.

En uno de estos grandes espectáculos, el verificado en Madrid el 30 de Junio de 1680, en presencia del rey Carlos II y de varios duques y grandes de España, el predicador Muy Reverendo Padre Tomás Navarro, capellán de palacio, tenía á su cargo la plática. En el volumen titulado *Autos de Fe*, páginas 48 53 se da cuenta del sermón, que contiene setenta y cuatro citas en latin y está adornado con párrafos como el siguiente: «Como el tribunal divino en el Cielo, así es el sagrado tribunal de la fe en la tierra!» En un párrafo se lee que un cardenal, dirigiéndose á la divinidad dice: «Levántate y véngate etc... y dirigiéndose á los judíos que figuraban entre las víctimas que iban á ser quemadas, exclama: «¿Qué no dice eso de las estupideces y blasfemias de vuestro Talmud, etc...» Y luego, dirigiéndose al resto de las víctimas, dice: «Locos, infames etc...»

Después de leer párrafos como los expuestos, parece mentira que entre los descendientes espirituales de esos Padres Navarro se encuentren hoy día atrevidos que pidan á las leyes una mordaza para contener la lengua de los librepensadores.

En el *Auto de Fe* citado fueron quemados gran número de judíos y entre ellos figura el nombre de un mártir que bien puede haber sido abuelo de un gran hombre martirizado en los tiempos modernos. Leemos en el mismo volumen, página 65, que Francisco Ferrer, de treinta y cuatro años de edad fue quemado vivo, por apóstata, judío, relapso, de opiniones variables semi-cristiano etc. Como detalle curioso añadiré que en otro volumen (*Carne ultrajada y quemada*, página 120) aparece el nombre de otro mártir Ferrer.

En la obra citada publicó Nakens, tomándolo de la Biblioteca Nacional, una relación del Auto de Fe público verificado en Madrid el domingo 21 de Enero de 1624, en el cual fué quemado vivo Benito Ferrer, catalán, que vivía en Campo Redondo, Toledo, judío por parte de madre.» Como su predecesor de 1624, Francisco Ferrer, el mártir de Octubre de 1909, era también catalán, y si los rasgos fisionómicos dicen algo, el Ferrer de nuestros días tenía algo de árabe, es decir, sangre semita. Parece ser que más de setenta mil almas presenciaron el suplicio de la hoguera de Benito Ferrer, el Ferrer del siglo xvii, á quien se aplicó el fuego con lentitud, empezando por los pies para que su martirio fuese más largo y tuviera tiempo de «salvarse» pero parece ser que murió en sus ideas, y que no le convencieron ni el celo, ni la caridad de los que le ayudaron á bien morir.

El volumen *Carne ultrajada y quemada*, aunque no lleva una sola línea comentada, aparte de un par de páginas que como prefacio escribe José Nakens, es quizás la más terrible de las acusaciones que jamás se haya publicado contra el cristianismo.

Reproduce con vivos colores las más eulogísticas informaciones que jamás se

han publicado sobre la Inquisición en nuestros días, así como sobre los personajes y sicofantes de ciertos autos de fe celebrados en Madrid, Sevilla, Granada y Córdoba. No puede haber historiador moderno que cómodamente sentado en su hufete con sus libros y documentos de consulta, relate con tanta vida, reproduzca tan fielmente aquellos acontecimientos como el pedante y fanático Alon o Ginete.

Las víctimas que aparecen en los autos relatados en este libro son en su mayoría judíos y portugueses, dos razas en las que se encarnizaron las iras de la Iglesia.

Hay un sarcasmo cruel en la mezcla de otros documentos con curiosos poemas laudatorios de la Inquisición en los que se atropella á judíos y mahometanos. Uno de ellos el «Poema Heróico», que se conserva en la *Biblioteca Nacional* (n.º 8 560) está escrito en honor al auto de fe celebrado en Granada el 31 de Enero de 1723.

Si hubiera una persona á quien se le ocurriera escribir una cosa semejante en la actualidad, sería motivo para que la sátira se cebara en él y los «heroicos» serían el colmo de la befa y el sarcasmo. Aquí nos vemos transportados á otra atmósfera desde el punto de vista ético é intelectual; atmósfera cuajada de humo y de sacrificio, saturada de hediondas emanaciones de carne quemada.

Después encontramos otro poema descriptivo relatando el auto general de fe de 30 de Mayo de 1672, escrito por el licenciado D. Juan Puerta Cortelanes, en el que al momento se ve retratado el espíritu poético y fanático del autor. También este poema ha sido sacado á la luz de entre los polvorientos archivos nacionales.

Estos inapreciables documentos ponen de relieve el espíritu, el pensamiento dominante de la época y presentan á la religión en su horripilante verdadera desnudez, permitiéndonos ver claramente su espíritu esencialmente persecutorio, en los días en que era Omnipotente, y su irresistible poder de perseguir iba unido á su insaciable deseo de ejecutar sus malévolas intenciones.

Para alegría y satisfacción de los lectores del *Freethinker*, les anunciamos que aún tenemos reservados otros volúmenes sobre la Inquisición, producto de la incansable labor de Nakens y Pey Ordeix.

Siento que la falta de tiempo y lugar no me permitan hablar de las cuarenta tarjetas postales y las treinta y seis láminas que reproducen hermosos cuadros y grabados con todos los horrores de la Inquisición publicados recientemente por José Nakens. Esta colección, única en su género, completaría un museo de horrores religiosos y sería de inestimable valor para la propaganda del librepensamiento.

Nuestro valeroso colega se ha propuesto que el mundo entero conozca todos estos horrores, por si algún día la

Iglesia llegara á adquirir el poder de aquellos tiempos.

WILLIAM HEAFORD

*Freethinker*, Londres.

## Cosas de los Padres

Que la Compañía de Jesús ha sido un plantel fecundo de varones santísimos no lo pone en duda ningún mortal, aunque muchos han sido al tenor del P. Cipriano, del cual el P. Morales, dominico, refería lo siguiente:

«En 1638 vino de las Indias Orientales á Macao el P. Francisco Mateo Cipriano, jesuita, y apenas puso el pie en la ciudad cuando las campanas del colegio de la Compañía fueron echadas á vuelo, y pusieron en conmoción á todos sus moradores. ¿Qué pasa?—preguntaban. Y los jesuitas respondían:—Que ha llegado el P. Cipriano: un santo. La gente se agolpaba ante las puertas del colegio para verle, porque eso de un jesuita santo no es cosa que se ve todos los días. Para saciar la curiosidad pública el P. Cipriano subió al púlpito y predicó un sermón que duró tres horas, en el cual dijo que San Francisco Javier en las varias apariciones con que le honraba, le había mandado que pasara al Japón para predicar la fe, y que en vano se opondrían los de Macao á que realizase su misión, y que se serviría de su manto para cruzar el mar en lugar de barco. Quedóse atónito el auditorio al escuchar tales cosas, y como sabían que si los jesuitas pasaban al Japón se arruinaría el comercio de los portugueses con aquel imperio, pues estaba prohibido en absoluto que fueran allí misioneros católicos, se celebró una junta á la que asistieron las personas más graves y doctas de Macao, para ver los medios de impedir aquella loca empresa, tachando al P. Cipriano de loco ó de impostor, viendo en él un instrumento de los holandeses, enemigos de la prosperidad de Macao. Se enteró el P. Cipriano de lo que había pasado en esta junta, y lo escribió todo en un papel, el cual puso en la mano de una imagen de San Francisco Javier que estaba en la celda del padre Visitador, Manuel Díaz. Uno de los que habían asistido á la junta fué á visitarle, y sabiéndolo el P. Cipriano, entró en la celda, cuchicheó con el padre visitador y se fué.—¿Sabéis lo que me he dicho el P. Cipriano? Que cojáis ese papel que tiene en la mano San Francisco. Cogiólo el buen seglar, y vió que en él estaban inscritos los nombres de todos los que habían asistido á la junta, y que se les vaticinaba que antes de dos meses morirían todos por haber dudado de la santidad del padre Cipriano. El padre Visitador al oír esto comenzó á dar grandes voces y á decir al seglar que publicara aquella lista para ejemplo y escarmiento, pero los de la junta no quisieron, y, como es natural, ninguno de ellos murió en el plazo señalado, ni en mucho tiempo.

A pesar de ello, la gente le tenía por santo, y se disputaba sus sotanas y camisas viejas. Un indio que le afeitaba vendía sus pelos como reliquias, con gran regocijo del P. Cipriano, el cual se valía de otros jesuitas, como cómplices de sus supercherías, uno de los cuales se presentó al Juan Bautista Morales y le dijo con mucho misterio: «Dentro de dos meses vendrán á buscarnos de parte del emperador del Japón: iremos doce de este colegio, y yo seré uno de ellos, y los cinco primeros años de nuestro

apostolado se nos perseguirá con el hierro el fuego y la cruz, y he visto grandes milagros hechos por el P. Cipriano que confirman todo esto». Y en efecto pasaron meses y años y nunca envió el emperador del Japón por ellos, aunque el P. Cipriano había tomado sus precauciones para que se realizase su profecía, y empezó á construir en una isla próxima una embarcación en secreto; pero habiéndolo sabido los de Macao enviaron gente para que la destruyese, á lo que dijo el P. Cipriano que no lo hicieran porque caería fuego del cielo que les destruiría; pero ellos no le hicieron caso y prendieron fuego á la nave. Tantas mentiras y trapisondas no podían quedar impunes, y el P. Cipriano fué delatado á la Inquisición por impostor y falso profeta, y los inquisidores ordenaron que volviera á las Indias Orientales, bajo la custodia del P. Antonio Cardín, el cual le dejó escapar en medio del camino, lo cual quizás no haya impedido que el P. Poza le haya incluido en el martirologio de la Compañía.»

Lo que sigue va dedicado á nuestro erudito P. Ferrándiz. En uno de los sabrosos artículos que con el título *El amor en los conventos* publica en *El Radical* este ingenioso escritor, hablando de las órdenes religiosas femeninas, dice que los jesuitas no tuvieron en realidad una orden de mujeres *jesuítica*, aunque con posterioridad hayan creado algunas afines, tales como las Reparadoras, Sagrado Corazón, Salesas, éccetera etc., Pues sí que las tuvieron, y con el nombre de *Jesuitisas*, teniendo por hábito la sotana de San Ignacio y siguiendo la regla de la Compañía, y llamaban á sus conventos *colegios* y *casas de probación*, que fueron varios en Italia y Flandes. No guardaban clausura y se dedicaban á la predicación. Fueron las fundadoras dos señoras inglesas llamadas Warda y Vuittia, que residían en Flandes, sugestionadas y dirigidas por el P. Gerard, rector del colegio flamenco, y su fin principal era marchar de *misioneras* á Inglaterra. Warda fué la superiora general de unas trescientas religiosas, hasta que el papa Urbano VIII suprimió esta Orden por su breve del 13 de Enero de 1631, dirigido á su Nuncio de la baja Alemania, y que fué impreso en Roma en 1632. De esto hablan Wilson en su *Historia Papatus*, el *Bulario Romano* y la *Bibliothèque Critique* de Saint Jorre (Richard Simón) tomo 1, cap. 21, pág. 289.

Estas jesuitisas que hacían sus votos, aun cuando nunca habían sido aprobadas por la Iglesia, son censuradas energicamente por Urbano VIII en su bula de supresión.

¿Es verdad esto, P. Fita?...

FRAY GERUNDIO

## ¿EN QUE QUEDAMOS?

Nadie sospechaba en Calahorra que las cabezas de los mártires Emeterio y Celedonio se conservasen en la catedral de aquella ciudad, hasta que, hace pocos años, al practicar ciertas obras de reparación, se encontraron los operarios con dos calaveras que, debidamente examinadas por los señores del cabildo, resultaron ser, á juicio suyo, las mismas que usaron en vida los santos referidos.

Nadie sabe (ni esto importa á los verdaderos creyentes) en qué pudieron fundar tan estúpida identificación; pero el

hecho se hizo público y fué públicamente celebrado.

Desde entonces aquellos dos mártires tienen cuatro cabezas: las dos recientemente halladas en Calahorra y las otras dos que se conservan desde tiempo inmemorial en Santander.

A raíz del descubrimiento invité en un periódico á la prensa católica santanderina á que pusiera en claro lo de las cabezas; pero perdí lastimosamente el tiempo. Los periódicos católicos de Santander no dijeron una palabra sobre lo ocurrido en Calahorra, como si obedecieran á una prudente consigna; porque si difícil era probar que pertenecieron á Emerico y Celedonio las calaveras de Calahorra, no era más fácil demostrar que las de Santander son las mismas que aquellos santos llevaron sobre los hombros.

Verdad es que la tradición y la leyenda explican (satisfactoriamente para todo buen católico) cómo se encuentran en Santander las cabezas de dos hombres decapitados en Calahorra. Sus verdugos las arrojaron al río Cidacos; el Cidacos las llevó al Ebro, y el Ebro las condujo al Mediterráneo. Allí, y en un pequeño barco de piedra, se dirigieron al Estrecho de Gibraltar, pasaron al Atlántico, siguieron el litoral Oeste de la Península, doblaron el cabo de Finisterre, llegaron al Cantábrico y pusieron la proa al puerto que hoy se llama de Santander. Al entrar en éste se interpuso una roca, la embistió el pequeño buque, y la horadó, siguiendo tranquilamente su rumbo hasta llegar al muelle. (Ahí está la *Peña Horadada* que no nos dejará mentir.)

Varios escritores religiosos y algún poeta de fuste han referido, con gran edificación de los fieles, esta maravillosa odisea.

Todo esto debió ocurrir hace unos diecisiete siglos (ayer, como quien dice), porque aquellos santos mártires sufrieron el último suplicio en el año 300 de la Era cristiana, según el P. Crispet.

¿Y no es una verdadera lástima que el obispo y cabildo catedral de Calahorra se empeñen en echar por tierra una leyenda tan edificante y tan fructífera?

Porque si resulta que las gentes dan en creer que las cabezas de los santos no salieron de Calahorra, se acabó la maravillosa historia del viaje, y ya pueden los devotos de Santander echarse á buscar otras cabezas; que buena falta deben hacerles.

STONE

## La influencia del ejemplo

La noticia de que 800 curas portuguesas han reconocido la República y aceptado las pensiones ofrecidas por el Gobierno, ha causado en el Vaticano una impresión desastrosa. El Papa está afligisimo.

*L'Osservatore Romano*, órgano oficial, é *Il Corriere d'Italia*, órgano aficio-

del Vaticano, estigmatizan duramente á dichos sacerdotes y dan á entender que los obispos portugueses recibirán en breve orden de suspenderlos en sus funciones.

No entro ni salgo en esta cuestión, pero disculpo á esos curas portugueses.

Enterados de que el Papa acepta regalos, en dinero y en especie, de protestantes, de turcos y hasta de judíos se habrán dicho:

¿Por qué no hemos de aceptar nosotros, para no morirnos de hambre, el sueldo que decorosamente nos da la República, si nuestro amantísimo Pontífice nos da el ejemplo de que en el tomar no hay engaño, aunque los donantes sean enemigos de nuestra religión sacrosanta?

Y no me parece ilógico el razonamiento.

## Los requetés

Ocupándose el amigo Gómez de Fabián de las fechorías que cometen los *requetés*, censura la cobardía de los que huyen despavoridos ante la actitud bravucona y matonesca de esas turbas.

Estoy identificado con su manera de pensar y todavía voy un poco más allá que el compañero Julio.

Yo también he combatido muchas veces á los que formulan protestas cuando injustamente se ven huérfanos de toda protección por parte de los gobernantes, porque si las leyes no fueran deficientes y los gobiernos fuesen justos, no habla para qué pensar en un cambio de régimen político, pues en este caso lo mismo debía importarnos estar regidos por un rey que gobernados por un presidente. Pero como esto no es, ni será así, lo que procede es dejar á un lado lamentaciones que producen risa y marchar derechos al *bullo*, proclamando un régimen de libertad y justicia que garantice la seguridad de los ciudadanos.

Eso de emplear columnas y más columnas para condenar los crímenes que cometen esos *requetés*, y decir que si los jaimistas van con la browning á misa ó si los curas comen con el revólver á la mesa, da asco, porque demuestra el miedo de que están poseídos los que quizá sean culpables de que los jaimistas *devuelvan* la pelota, y son precisamente los que, expiendiendo patentes de revolucionario, encubren su cobardía con la túnica de la cultura y la civilización, cuando lo que procede, adaptándose á las circunstancias de momento, es proveerse de idénticas armas y repeler la agresión en todas partes y ocasiones.

Y decía que voy un poco más allá que el amigo de Fabián, porque me viene en la memoria lo que he oído contar muchas veces, aunque ignoro si podrá tener algo de histórico...

Dícese que en una plaza amurallada, y en un punto muy custodiado por donde pasaba contrabando, para ahuyentar á los centinelas manejaban desde un sitio

oculto una linterna mágica con la que hacían aparecer figuras que llenaban de espanto á los soldados.

Pero ocurrió que una noche, á la hora crítica, á la más temida por los centinelas, se ofrece un quinto á prestar aquel servicio, que aun llenando de asombro al oficial de guardia, accedió á sus deseos, consintiendo que se alterase el turno.

Pasábase tranquilamente aquel joven soldado, cuando se le aproxima la figura de un toro en actitud de embestir, y sin hacer caso de la sombra, tendió la vista por todas partes hasta que divisó algo que arrojaba rectilíneos destellos de luz: afinó la puntería, tiró del cerrojo del fusil, se produjo el disparo y despareció la luz. Fíose á su alrededor y tampoco aquella sombra existía.

Al amanecer del siguiente día corrió por la población el rumor de que un señor muy rico y conocido por su honradez, había sido encontrado con el pecho atravesado por un balazo, preocupando grandemente el que al lado de su cadáver se encontrase una linterna.

¿Que no tiene esto analogía con los *requetés*?

Si que la tiene, sí. Los *requetés* los organizan con obreros que no se dan cuenta de su situación: éstos no son más que sombras producidas por el brillo del oro de los que los empujan por el camino del crimen, que son los que empuñan la linterna de la dirección. Compadezcamos á esos desdichados obreros, pero no nos chupemos el dedo; nada de protestas ni lamentaciones. ¿Hue ellos van armados? In irémoslos, y cuando se nos presenten esas son bras en actitud de acometer, afínemos bien la puntería; pero sin olvidar al centinela del cuento.

G. ANGULO.

## Hojitas católicas

En la *Hoja Parroquial* correspondiente al 23 de Junio que se edita en el palacio arzobispal de Valencia, y que proporciona cien días de indulgencia al que se la tire al coleteo, se da á los obreros la noticia de que Pablo Iglesias y Perezagua se *regalan diariamente con un postre de riquísimo queso que cuesta 25 pesetas el kilo.*

¿Queso de 25 pesetas el kilo! Juro que las once mil vírgenes que no había oído hablar nunca de queso tan caro.

¡Miren, miren los Sardanápalos, los Nabucodenesores y los Lúculos del Socialismo, y cómo nos la estaban dando con queso! ¡Y con qué queso! Con uno que indudablemente se fabrica sólo para ellos.

¿De qué leche harán ese queso?... He oído decir que hay en el Vaticano dos ovejas, dedicadas exclusivamente á producir lana para hacerle calcetines al Papa; y, si esto es cierto, quizás sean de esas dos ovejas.

Pero, no; he dicho una tontería; si esas ovejas produjeran leche para hacer siquiera un par de kilos de queso, en el Vaticano se lo comerían, ¡buena es aque-

lla gente para desprenderse de lo selecto!  
¡Y menos en favor de los socialistas!

Y no siendo de esas dos ovejas ¿de qué hembra será esa leche?

Tal vez sea de la vaca mitológica que simbolizaba á Europa.

Quizás proceda de las siete cabrillas de la Constelación.

Acaso...

¿Pero á qué meterme en averiguaciones de origen, si lo único que yo deseo saber, es de dónde diablos sacan Iglesias y Perezagua ese queso, y para esto lo mejor es preguntárselo á ellos?

Y á ellos, por lo tanto, me dirijo en tono de súplica, de rodillas y á sus pies: «¡Iglesias! ¡Perezagua! Refinados, afortunados y privilegiados comedores de queso:

Por lo que más améis, por el pronto advenimiento de la revolución social, dignaos responderme:

¿Seríais tan bondadosos conmigo, que me enviáseis aunque no fuese más que dos gramos de ese queso maravilloso? ¿Y si no pudiérais dos gramos, uno siquiera? ¿Y si ni esto, alguna de las partículas esparcidas en el mantel? ¿No? Pues enviadme siquiera la servilleta en que os limpiéis cuando lo comáis, para que pueda, ya que no probarlo, olerlo al menos.

He pasado por la vida oyendo hablar de platos raros y maravillosos, sin sentir el menor deseo de probarlos.

¡Pero ese queso!... ¡Ese queso de 25 pesetas kilo!... Todos los apetitos que en mí dormían, han despertado ahora furiosamente gritándome:

¡Queso!... ¡Queso!... ¡Queso!... ¡Pero del rey de los quesos! ¡Del emperador de los quesos!... ¡Del Papa de los quesos! ¡Del archipámpano de los quesos! ¡De ese queso que comen á diario Pablo Iglesias y Perezagua!

Y aquí me tenéis, víctima del apetito más desordenado que puede sentir un mortal, desde que leí en la *Hojita* religiosa la noticia del queso que saboreáis á diario, y viendo en perspectiva un *finiquitar* próximo y desastroso, si no atendéis mi súplica.

Tened compasión de mí, si no queréis cargar con la responsabilidad de que desaparezca pronto de España uno de los pocos hombres que ha dedicado su vida á combatir á esos *Embusteros!* *Farsantes!* *Embaucadores!*, apodados clericales.

## Proposición justa

Un ministro del Altísimo iba en un coche de primera clase, llevando billete de tercera, en el tren que va de Monistrol á Monserrat.

Un empleado indicole cortesmente que se trasladase al coche que le correspondía, y él se dignó echar por alto las consagradas patas, armándose un escándalo monumental.

Para evitar estos disgustos á los representantes de Dios en la Tierra, convenría que el gobierno ordenase á los Compañías de ferrocarriles que les facilitarán

pasaje gratis, y en la clase que quisieran, lo mismo que á sus sobrinas y á los hijos que estas sobrinas pudiesen tener.

Unos señores que tienen poder bastante para trasladar almas desde la tierra al cielo, al infierno ó al purgatorio, deberían viajar gratis por todas las líneas de todos los ferrocarriles de este despreciable planeta.

## El cajista de imprenta

Un cajista de imprenta se parece:

á un moral, en que anda con galeras;

á un jugador de monte, porque amarra;

en que tiene regentes, á una Audiencia;

á un cirujano, en que maneja pinzas;

á un viejo zapatero, en que remienda;

á un torero anda az, en que echa suertes;

á un peluquero, en que anda con cabezas;

á un picador, en que se le hacen quites;

á un sastre, en las medidas y en las pruebas;

á un puente, en que le ponen muchos ojos;

en que ¡ju-ri-, á las ligas y á las medias;

á un archivo, en que guarda originales;

en que anda con las cajas, al que entierra;

á un gimnasta, en que da terribles saltos;

á un reo, en que la última hora espera.

Pero á quien no da parecerse logra

es á un ricacho de fortuna inmensa,

aunque nunca el banquero más notab'e

pudo ver en su mano tanta letra.

B. DE LA ENCINA

## Idea plausible

En EL MOTIN de esta semana encontramos bajo el título de «Acción anticlerical» la siguiente recomendación: «Que cada pueblo y cada región erija lápidas á la memoria de los defensores de la Libertad y de la Patria que en cada uno sacrificaron sus vidas luchando contra las hordas carlistas.

Los periódicos liberales, los presidentes de casinos y los jefes de cada lugar están obligados á promover esta batalla contra el clericalismo armado.

Hay que recordarles que no son religiosos, ni doctrinarios, ni patriotas, sino

¡Asesinos!

¡Ladrones!

¡Incendiaríos!»

Nakens recomienda muy bien que se recuerden cual merecen los defensores de las ciudades contra los invasores carlistas.

Igualada, que fué una de las poblaciones en que hicieron estos salvajes más daño, habría que recordar mercedamente á sus defensores y perennemente tendrían que ser grabados sus nombres en la plaza pública.

Hace bastantes años que un Ayuntamiento, compuesto en su mayoría de concejales liberales godonistas, inició las obras de levantar un monumento en el centro de la Plaza del 17 de Julio para perpetuar la memoria de los que der amaron su sangre generosa en holocausto de la población para salvar las vidas y haciendas de los igualadinos.

Hoy que al frente del ayuntamiento hay un descendiente de aquellos que tanto se distinguieron contra el cacilismo, y mucho

á favor de sus víctimas, y que á todas horas llámase liberal, sería la ocasión más á propósito de llevar á cabo la realización del monumento proyectado é iniciado por un ayuntamiento compuesto de mayoría godonista.

Sería la mejor manera de hacerse acreedor al nombre de liberal, ya que en la actualidad con sus complacencias con los carlistas y las medidas rigurosas contra todo lo liberal, púedese considerar como un perfecto reaccionario.

Igualada, estamos seguros, sabría responder generosamente á la idea lanzada y de muchos años empezada, ya que ha dado muestra de sus virtudes con los que sucumbieron heroicamente en defensa de la misma.

Recoja quien corresponda esta noble obra, que el Ayuntamiento es el más indicado en llevarla á feliz término.

*Igualada Radical.*

## LA PALABRA DIVINA

Sermón pronunciado en el aplech carlista celebrado en Alcalá de Chivert, por el cura Elias Martín, según el periódico *carca, El Cocalista*:

«Entusiastas jóvenes, valientes requetés y abnegados veteranos—comienza diciendo el orador,—¡qué bien se está aquí sobre este Tabor místico, gozando las bellezas de la Tradición y recordando las glorias y grandezas de la patria!

Es admirable veros aquí como batallones con sus banderas, vosotros que sois los hijos de Pelayo, hijos legítimos de la España tradicionalista, dispuestos á derramar hasta vuestra última gota de sangre por Dios, la Patria y el Rey.

Seguidamente entona un himno á la Juventud y á los requetés, que son los que han de atajar y detener á la revolución, levantando la bandera de España del lodo en que la han colocado los partidos liberales.

Habla de las grandezas de España y de las catástrofes á que la ha llevado el liberalismo.

¡Hemos de consentir—pregunta—que se hunda España porque lo quieren los partidos turnantes?

En fogosos periodos ataca duramente al liberalismo, contra quien dice que luchaban todos los partidos honrados.

Habla del heroísmo de la guerra de la Independencia, en la cual el pueblo se bastó para expulsar los franceses de nuestro territorio. Pero si bien hicimos pasar la frontera á aquellos milicianos de ridículo morrión, su espíritu quedó aquí y en las Cortes de Cádiz se le dió estado legal.

Demuestra, relatando hechos y recordando doctrinas de la Iglesia, que el liberalismo es enemigo de Dios.

Habla de las guerras coloniales y de aquellas vergüenzas.

Saca la lógica conclusión de que el liberalismo es enemigo de la Patria.

Demuestra también que esa maldita secta es enemiga del rey, enemiga de la monarquía, nervio y base de la Patria.

Se dirige á la juventud legitimista de Alcalá y le dice que es hora de que hable, levante la voz ante los insignes españoles llegados de Cataluña, Valencia, el Maestrazgo y la Plana, y diga que pretende constituirse, porque su silencio en estas circunstancias sería cobardía.

Dice que no ha de buscar hacer un partido, porque nuestra Comunión no cuenta por partidos, por quebrados, cuenta por enteros: Dios y Patria enteros, ó nada.

Combate duramente á todos los partidos sin excepción.

¡Icen que no han de buscar tampoco recompensas ni condecoraciones.

Preguntad á los veteranos — exclama — que están al final de la carrera que vais á emprender, y veréis cómo no hay recompensa, no hay condecoraciones; sus condecoraciones son las cicatrices que ostentan orgullosamente en sus cuerpos.

Su premio es la pérdida de todos sus bienes y haciendas á mayor honra y gloria de Dios.

No es preciso premios ni recompensas; la cárcel ó el destierro es lo que os espera después del sacrificio por la Causa.

No os espante esto, es eminentemente cristiano.

Los que defienden la Causa por el interés, no son buenos; primero el sacrificio, después, como premio, la cárcel y el destierro.

Jóvenes, ¿estáis dispuestos á continuar la obra de los veteranos? Sí.

¿Sacrificaréis la causa del Rey en servicio de la Patria?—Sí.

Dad, pues, la bandera á esa valiente juventud; pero tened en cuenta, jóvenes jaimistas, que á esa bandera le falta algo que no han podido hacer las señoritas que la han confeccionado; le faltan perlas, las lágrimas que brotan de emoción de los ojos de los veteranos, les falta el fuego que acompaña su ardiente beso.

Esa bandera sirve únicamente para adornar un salón, mas no está destinada á eso; ha de adornar el museo del Palacio de Frohsdorf y quizá el de Madrid. Para ello es necesario que vuestra sangre la dignifique.

Estad dispuestos en todo momento á llevar esa bandera donde lo demande la España tradicional.

Termina dando vivas á Cristo, al Papa Rey, á la Patria, á la Monarquía tradicional, á Cataluña, á Valencia, al Maestrazgo y á la Plana.»

¿Qué le diré yo á este respetable ministro del Altísimo, que corresponda, aunque sea modestamente, á su lenguaje y su intención piadosa? Sólo esto:

Digno aspirante á emular las glorias del cura Santa Cruz...

¡Que te ahorquen!  
Y en día de fiesta.

## Contra un párroco

El día 26 del pasado tomó posesión del cargo de párroco en la iglesia de Santa María del Campo, el cura D. Primitivo Arroyo Gonzalo, al que acompañaban los párrocos de Presencio, Ciadoncha, Mahamud, Villahoz y el coadjutor de aquel pueblo.

Los ánimos de los vecinos estaban excitados por no haber accedido el Arzobispo á sus deseos, expuestos por comisión de señoras y caballeros, de que dejara al frente de la parroquia á D. Julián Linage, hacia el cual sentía el pueblo gran cariño.

Y en cuanto los vecinos advirtieron la llegada del nuevo párroco, empezaron á

formar corrillos en las calles contiguas á la iglesia, dirigiéndose al atrio luego.

Los vivos al cura Linage y á D. Pedro Ortega Crespo, coadjutor, se sucedieron sin descanso, así como los gritos de «¡fuera!» «¡no lo queremos!» dirigidos al párroco nuevo.

Arreciaron las protestas después de darse lectura al nombramiento y mucho más aún cuando el juez y el alcalde prohibieron la entrada en la iglesia al vecindario.

Me parece muy puesta en razón la protesta de los vecinos, y que quieran tener un párroco á su gusto. ¿No son libres para elegir el médico que ha de curarles los dolencias del cuerpo? ¿Pues por qué no han de serlo para elegir el que ha de cicatrizarles las llagas del alma?

En lo antiguo así se entendía y practicaba: los pueblos elegían sus párrocos, como los párrocos se agenciaban su obispo.

Ya que tanto se invoca la tradición, convendría restablecer ésta para evitar estos escándalos que se repiten con dolorosa frecuencia, aunque con gran contentamiento de este modesto impio.

## REMITIDO

Sr. D. José Nakens.

Mi distinguido y admirado correligionario: La Juventud Republicana de esta localidad envió á usted una protesta contra la minoría republicana de este Ayuntamiento, de la que me honro formando parte, respecto á una proposición presentada por ésta sobre un monumento conmemorativo á todos los bienhechores de este pueblo.

La proposición, escueta, sin antecedentes, al ser conocida por usted, le arrancó un comentario que en labios de otro cualquier político republicano profesional, hubiera merecido de nuestra parte la más completa indiferencia, pero que pronunciada por usted á quien siempre he profesado y profeso admiración por su consecuencia, honradez y valentía, faltaría á la verdad si no le declarara francamente que me ha producido honda pena.

No es mi propósito alabarle á usted, pues tengo por norma decir la verdad sencilla y clara, sin mirar á quien se la digo, como lo he hecho en varias ocasiones de palabra á varios jefes republicanos, censurándolos, cara á cara, cuando he creído que sus actos no respondían á sus palabras, no importándome para lanzar dichas censuras su íntima amistad conmigo.

Los periódicos republicanos *España Nueva*, *El Radical*, y *El País*, que acogieron también la protesta de la Juventud Republicana, no han creído oportuno recoger mi contestación so pretexto de no agriar las pequeñas diferencias que existen, como insinúa *El Radical* en su número de hoy, pues es el único que extracta mi carta.

Claro está que esta consideración no ha de convencerme, pues la hubiera comprendido si hubiesen puesto algún reparo al escrito de la Juventud; pero no puedo comprenderlo después de haber publicado aquella protesta sin mirar á las disidencias que vengan ahora con este temor, precisamente cuando se trata de explicar lo ocu-

rrido para que los correligionarios oigan ambas partes y juzguen como crean oportuno. Esta creo que es la pura doctrina democrática, y pensar de otra manera es proceder con muy poca liberalidad y con ninguna justicia.

Me interesa mucho que el pleito en cuestión lo conozcan los correligionarios de fuera de esta localidad, que habrán leído la protesta de la Juventud, y supondrán que el silencio nuestro es debido á falta de argumentos en favor de nuestra proposición y en defensa de nuestra gestión. Nada me importa respecto á los correligionarios de esta localidad, pues todos ellos, hasta los más intransigentes y de probada historia republicana, han aprobado nuestra actitud, excepción hecha de cuatro ambicioncillos que forman el directorio de la entidad antes citada.

Usted seguramente conocerá alguno ó algunos que le merezcan confianza en esta localidad; pregúnteles si es cierto lo que digo y á su contestación me remito.

He de adelantarle, por último, que siempre suele ser un buen barómetro la actitud de los contrarios; y si usted tiene ocasión de leer los diarios dinásticos de ésta, y de escuchar los ataques de los elementos monárquicos por haber presentado esta proposición la minoría republicana, se convencerá de que mucho les ha dolido cuando se ven obligados á hacer esa campaña.

Le ruego me dispense esta epístola tan larga, debida únicamente á lo mucho que me ha dolido su comentario; lea mis cuartillas, publíquelas ó rómpalas, á su gusto; y si después de haberse enterado del asunto cree usted que no debe rectificar su modo de pensar, lo sentiré mucho, pero será una lección de un maestro, que no ha de quedar olvidada.

Nunca he sido sospechoso ni de monarquismo ni de clericalismo; antes al contrario, he sufrido mucho en mis intereses por defender sin vergüenza mis ideas; por eso me duele lo que ahora me sucede.

Le desea siempre salud y República su affmo. correligionario q. e. s. m.,

PEDRO NERECÁN

P. D.—Después de escritas estas líneas llega *El País* del día 4 con mi carta, por lo que queda retirado lo que á este periódico se refiere; hay algunos cortes, pero el fondo del asunto queda el mismo.

El artículo de *El País*, á que alude el señor Nerecán, es el siguiente:

### Alrededor de un monumento

El Sr. Nerecán, concejal del Ayuntamiento de San Sebastián, nos ruega la publicación de la siguiente rectificación:

«La Juventud republicana de San Sebastián, ó mejor dicho, sus miembros directores (que no han demostrado todavía su republicanismo en ninguna ocasión y respecto á su juventud habría que hablar mucho) ha enviado una protesta contra los concejales republicanos de este Ayuntamiento; y como quiera que han falseado la relación de los hechos, y por consiguiente, han sorprendido su buena fe obligándole á deducir consecuencias falsas, nos interesa rectificar lo ocurrido para que sus lectores, oyendo las dos partes, fallen según su recto criterio.

Después de este preámbulo, paso al fondo del asunto.

La minoría republicana de este Ayuntamiento, de la que me honro formando parte, presentó una proposición de monumento, no á la exregente, sino á todos los que se habían señalado en esta última centuria como bienhechores de este pueblo, y entre los cuales se hallaba D.<sup>a</sup> María Cristina.

El motivo de presentar esta proposición fué precisamente el de evitar que el Ayuntamiento, con su mayoría monárquica, se adhiriera á la suscripción abierta por un periódico dinástico, «El Pueblo Vasco», para levantar un monumento sólo á la exregente, proposición que figuraba en el orden del día, y que, naturalmente, hubiese prosperado por los votos monárquicos si la minoría republicana no hubiera hecho lo que hizo.

Tan mal efecto hizo entre los dinásticos nuestra proposición, que los que la combatieron, conservadores, declararon que de prosperar ésta sería un señaladísimo triunfo para los republicanos, y trataron de «venderlos á los republicanos» y á los pocos liberales que estaban dispuestos á secundarla; altos funcionarios dependientes del Gobierno y de altas esferas se acercaron á nosotros para rogarnos, antes de la sesión, que desistieramos de presentar dicha proposición, á lo cual no sólo no accedimos, sino que contestamos que no necesitábamos de ingerencias extrañas para saber lo que debíamos hacer; los periódicos dinásticos de la localidad combaten con todas sus fuerzas el acuerdo del Ayuntamiento, y en la suscripción abierta figuran la mayor parte de los elementos republicanos (federales, radicales, unionistas), que han demostrado serlo, no con palabras, sino con actos, cuando la ocasión se ha presentado.

Es decir, que con nuestra proposición hemos evitado la vergüenza de que el Ayuntamiento se adhiera y patrocine un monumento á la ex-regente, y que los elementos republicanos de prestigio han visto esto con muy buenos ojos, como lo han demostrado acudiendo á la suscripción. Estos son los hechos y no otros: saquen nuestros amigos las consecuencias que quieran de ellos.

Ahora bien, la Juventud republicana no se limita á tratar de este punto, sino que, además, con un desahogo verdaderamente inaudito, pretende tratarnos como á sus representantes, cuando no solamente no ayudaron á nuestra elección, «sino que la combatieron», presentando en frente otra candidatura.

Esa entidad está compuesta de jóvenes entusiastas, no lo dudo, pero al frente de ella existen algunos individuos, perpetuos directores, que por su edad debieran desaparecer de la Juventud.

Los concejales republicanos estamos dispuestos á responder de nuestra conducta ante los electores que nos llevaron al Ayuntamiento y ante el partido que nos propuso; pero no ante quien titulándose republicano nos combatió y que ninguna autoridad tiene sobre nosotros, porque nada ni á nadie representa.

Siento muchísimo tener que hablar de este modo; pero me veo en la necesidad de ello, ya que parece que no se ha tenido en cuenta nuestra campaña en el Municipio relacionada con la cuestión clerical y con todas las demás que hayan tenido carácter político, y de las que estoy orgulloso; sin embargo, se ha desfigurado completamente el asunto, con una mala fe notoria y con el fin de desprestigiarnos.

No me hubiera molestado en contestar si solamente de la Juventud republicana se hubiese tratado, pero me interesa hacerlo, ya que en esas columnas ha aparecido la protesta.

*Nota final.* He de hacer constar, aunque con sentimiento, que cuando se ha tratado de suscripciones para correligionarios, he sido siempre de los primeros, porque lo conceptúo como un deber, en suscribirme. Las listas publicadas por *El País* y *El Motín*, en varias veces, pueden dar fe de ello.

## D. Pascual, el Asesino

«Una atmósfera de sangre rodea á este cabecilla, lo mismo que á varios miembros de su familia, sangre que hace repulsivo un nombre y que la sociedad mire á los Cucalas como cainos marcados por el dedo de Dios, negando la patria, familia y hasta la condición humana»

(De un historiador de la última guerra carlista.)

Ayer hemos visto por primera vez el retrato de Cucala, el asesino feroz, carlista-ladron (permítase la redundancia), deshonor del género humano. Lo publicaba el órgano de la localidad, ese que se honra llamándose cucalista.

Al fin de la misma camada.

Y lo titulan *general*, y le han pintado tres cruces en el pecho, premio, sin duda, á sus heroicidades en las prácticas del robo y del asesinato.

Este miserable, que ni firmar sabia, fué el prototipo de la maldad, de la crueldad más refinada, y por su alma—¡su alma!—elevó preces al cielo «nuestra Santa Madre la Iglesia Católica.»

Precisa haber perdido toda noción de dignidad y de pudor para atreverse á ofrecer al público la fotografía de la fiera de Alcalá de Chivert, ser abyecto á quien odiaban y despreciaban por su fría ferocidad los jefes carlistas menos crueles que Cucala.

Lástima que la pillería que glorifica su memoria no se atreva á publicar una biografía de D. Pascual, enalteciendo sus gloriosos hechos de armas, para estímulo de la granujería requetista, por Cucala creada é instituida. Mojando las plumas en la sangre y las lágrimas de los centenares de víctimas inmoladas por el bandido de escapulario y patibulo, pudieron en día tan sonado como el de ayer exhumar los actos de pillaje, cometidos en holocausto al Dios del carlismo.

—Tengo sed de sangre liberal, ahullaba Cucala, *el general*, cuando no habla robado y asesinado lo bastante para satisfacer sus instintos de hiena.

—Aún ha hecho poco, exclamaba la meretriz *tirada* D.<sup>a</sup> Blanca, cuando algunos carlistas, aterrados, describían las matanzas de voluntarios perpetradas por Cucala en Bechi.

Y mientras D. Pascual continuaba su marcha triunfal, entrando á saco en Segorbe, donde sus huestes robaron cuanto hallaron á mano, violando á inocentes doncellas, fusilando á los hombres que no

lograron escapar y prendiendo Cucala al cura Galcerán, que entregó, sin formación de causa, á la partida del requeté, borracha de sangre y vino, para que lo rematase brutalmente.

¡D. Carlos y á ellos!, grita D. Pascual, y devasta todos los pueblos de la Ribera, mutilando y martirizando á distinguidas personalidades de Játiva, Manuel y Cargagente, de cuyo municipio se lleva prisioneros á los empleados y dependientes, matándolos entre los eructos y las risotadas de la chusma carlista.

Cucala engaña miserablemente á Arrando, jefe de las fuerzas militares de Játiva, á quien brindaba la paz; y cuando el jefe del ejército suspende el fuego y se dispone á parlamentar, D. Pascual *el general*, se arroja sobre los soldados, maniatándolos y llevándolos prisioneros.

Y ¿á qué seguir? Esta breve reseña de los hechos que, puesta la mirada en su Dios y en su rey, llevó á cabo *el general* D. Pascual Cucala y Mir, bien merece que sus admiradores la completen precisando los miles de duros que robó el héroe de Alcalá, el número de mujeres, solteras y casadas, deshonradas por los asesinos del carlismo á las órdenes de don Pascual, y, en fin, los incalculables asesinatos cometidos por el granuja más ladrón y más despreciable que ha nacido en el reino de Valencia: por D. Pascual, cuyo retrato publicó ayer el impúdico papel que defiende en esta ciudad la causa del orden y de la religión.

¡Cuidado que son *deshonrats* estos cucalistas!

*El Pueblo.*

Valencia.

## ¿Excomunió? ¡Bah!

El obispo de Tortosa ha excomulgado al periódico republicano *El Pueblo*, de aquella localidad, por un hermoso, valiente y razonado artículo titulado *Los causantes de la blasfemia*, firmado por el brioso periodista Marcelino Domingo.

Choca, compañero.

Sesenta y siete excomuniones tengo áuestas, y aquí me tienes vivo y sano, y con ganas de seguir trabajando en pro de la moralización del clero.

Por lo demás, no debe extrañarte que los obispos se dediquen á excomulgar liberales en los ratos que les deja libre el cobro de la nomina y bendición de banderas del requeté. De alguna manera tienen que justificar el sueldo.

## Mi paso por la Cárcel

(2.<sup>a</sup> edición)

Precio: DOS pesetas.

Los suscriptores y corresponsales tendrán derecho al 25 por 100 de rebaja, enviando 25 céntimo para el certificado.

# Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

¿Qué ateo será capaz en su vida de obrar semejante prodigio?

Inocencio VIII se había educado en la corte de Alfonso de Sicilia, donde era costumbre ejercer aquellos actos, para cuyo ejercicio había pedido licencia la familia del cardenal de Santa Lucía.

Inocencio era bello, y porque siendo joven había entrado á servir al cardenal de Bolonia, persona muy apasionada de la belleza plástica, y no aena á las costumbres de la corte de Sicilia, se cebaron en su buena fama los impíos, suponiéndole capaz de haber admitido galanteos cardenalicios. Paulo II y Sixto, que tenían iguales aficiones, lo tomaron bajo su amparo á la muerte de su protector y lo elevaron al cardenalato.

Cuatrocientos mil ducados y la ciudad de Jerusalén ofreció dar el soldan de Egipto al Papa si éste le devolvía al príncipe Zizimo para ponerle á la cabeza de las tropas que hablan de emprender la reconquista de Constantinopla y entrególa á los cristianos; pero el sultán Bayaceto dió una cantidad mayor, que podía satisfacer más necesidades de la Iglesia, para que el príncipe no pudiese emprender la reconquista, y el Pontífice lo retuvo prisionero en sus estados.

De Rodrigo Borja, que tomó el nombre de Alejandro VI, ¿cuántas calumnias, cuántos horrores no ha dicho la impiedad?

Porque compró los votos de veintidós cardenales, se le censura con la mayor dureza, en vez de notar que valía y podía él más que veintidós cardenales juntos.

Porque amó á Rosa Vanozza y á su madre, se le trata como si no hubiese sido capaz de amar á nadie.

Porque su hijo César fué malvado, le echan maldiciones á él como si su deseo hubiese sido que naciera malo.

Pontífice juzgado con más severidad no le hubo nunca.

Y, sin embargo, fué un modelo de complacencia paternal.

Cinco hijos le permitió el cielo que tuviera, y tan amante fué de la familia, que en compañía de tres de ellos, Francisco, César y Lucrecia, se entregaba á los placeres que suelen dar por resultado la dulce paternidad.

En prueba de nuestra imparcialidad, nos apresuramos á confesar que Alejandro VI no fué impecable.

Pero si tuvo mucha ambición, fué sin duda porque tuvo mucha familia que le pedía pan.

Es cierto que hizo pactos y los rompió después; que levantó cruzadas; impuso tributos á los pueblos cristianos; sembró de frailes toda Europa; se apoderó de toda riqueza que pasaba demasiado cerca de su reino; llamó á Bayaceto prefiriéndole al rey cristiano de Francia; se volvió del lado del rey de Francia para que le ayudase á acabar con los reyezuelos de la Romanía; hizo asesinar á uno y envenenar á otros; pero ¿por qué?

Sus más encarnizados adversarios no pueden menos de confesarlo: para preparar el inperio absoluto de Italia para César Borja. ¡Desgraciados los que no comprenden lo que es capaz de hacer un padre por un hijo!

El cardenal de Módena era su agente. Por conducto de éste se vendían los empleos y dignidades, los matrimonios, los divorcios: todo.

El cardenal, dicen, murió envenenado por el Papa, heredero de sus inmensas riquezas.

Lo creemos y no lo condenamos. No, señor; el cardenal podía ser muy siso; todo induía á creer que lo fué, y el Papa, al heredarle, no hacía más que cobrarse el capital y los intereses de lo que el otro le había defraudado.

Lo que no niega ninguno de los que tan duramente le censuran, es que vendía los cardenalatos; pero todos, sin que ningún cardenal de su tiempo pudiese alabarse de haber obtenido de balde lo que otros pobres tenían que pagar en moneda contante y sanante.

Por lo demás, si envenenó á los cardenales, después de haberse declarado que la Santa Sede era su heredera, también debe servirle de circunstancia atenuante la poderosa consideración de que aquellos cardenales habían incurrido en el feo delito de obtener el capelo por precio de dinero.

Desgraciadamente el Papa Borja no tuvo tiempo de arrepentirse, como sin duda lo habría hecho siquiera un momento antes de morir; pero la muerte fué alevosa con el hombre á quien tanto tenía que agradecer.

El Papa solía dar convites á los cardenales á quienes se proponía heredar.

Hizolo así con dos de estos, y distraído se bebió el veneno destinado á sus dos comensales, de cuyas reueltas falleció dejando á una numerosa familia en el mayor desconsuelo.

Sus exequias fueren pomposas. Se suplicó el coche.

Aquí me parece que convendría una pausa.

Dicen que una de las cosas que más enojados tenía á los impíos, eran las in-

dulgencias, las tarifas de perdón de pecados, los tributos onerosos, la relajación pontificia...

Pero no, esas son ya muchas cosas. La única á que me refería son las indulgencias, y á ello atribuyen en gran parte la rebelión de Lutero contra León X.

Llegados á esre punto, dejemos á un lado las indulgencias y otras pequeneces no menos sacrosantísimas, y echemos una ojeada á algunos artículos de la tarifa de perdonos que se estableció bajo el Pontificado de Juan XXII, y que tantas vociferaciones ha levantado entre los eternos enemigos del orden.

Veamos.

«El eclesiástico, que incurriese en pecado carnal, ya sea con monjas, ya con primas, sobrinas ó ahijadas suyas, ya en fin, con otra mujer cualquiera, será absuelto mediante el pago de 67 libras 12 sueldos.»

Diga el lector en conciencia: ¿se puede hacer más barato?

Prosigamos.

«Si el eclesiástico, además del pecado de fornicación pidiera ser absuelto del pecado contra natura, ó sea bestialidad, debe pagar 219 libras 15 sueldos. Mas si sólo hubiera cometido ese pecado con niños ó con bestias, y no con mujer, sólo pagará 131 libras 15 sueldos.»

Adviértase cuán complicados cálculos no supone el haber hallado la debida proporción entre el pecado de bestialidad para fijarle los respectivos precios de seducción; y dígame quién podía verificar un trabajo tan importante sino el Pontificado cuyo único afán era propagar la ilustración y la moral por el Occidente de Europa.

Pero aún hay más.

«El sacerdote que desflorase á una virgen pagará 2 libras 8 sueldos.»

Este bajo precio es un dato económico, histórico y moral, que prueba dos cosas: la abundancia de vírgenes en aquella época y la facilidad de ser desfloradas por sacerdotes.

Sin esas dos circunstancias, el precio del pecado hubiera sido mayor, ó este artículo del arancel hubiera estado demás, y sabido es que el Pontificado nunca hizo nada en balde.

Bu no es recordar de paso á nuestros economistas, siempre faltos de a bitrios, que en aquella edad de inocencia, paz y fe, la desfloración sacerdotal fué materia imponible.

Prosigamos, empero, en este ameno estudio.

«La religiosa que quisiere alcanzar la dignidad de abadesa después de haberse entregado á uno ó más hombres simul-

(Continuad.)